Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 18

San José, Costa Rica **1926** Sábado 13 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La cuestión religiosa y las reformas a la Constitución

Por T. ESQUIVEL OBREGÓN

México, D. F. 16 de Octubre de 1926.

Señor don Joaquín García Monge.

Apartado X

San José de Costa Rica

Mi estimado amigo:

Hace algunos días tuve el gusto de mandarle un ejemplar de mi última obra México y los Estados Unidos ante el Derecho Internacional *que espero habrá recibido. Hoy le incluyo un recorte tomado de* Excelsior, *diario de México del día 5 del mes en curso, recorte que contiene un artículo mío que debió titularse* La cuestión religiosa y las reformas a la Constitución. *La redacción del periódico tuvo motivos para cambiar ese título; pero usted verá por el contenido del artículo su importancia; no creo que el problema sea únicamente de México; más o menos manifiesto se halla en todos los países que han sido inducidos a imitar la constitución política de los Estados Unidos en mayor o menor escala. Esto me ha sugerido la idea de mandarle el recorte por si usted quiere reproducir el artículo en su periódico que con tanta propiedad llama* REPERTORIO AMERICANO.

Aprovecho esta ocasión para pedirle un nuevo servicio. Al mandar empastar el REPERTORIO *se encuentra que faltan los siguientes números: del 1 al 4 inclusive, el 7, el 8, el 13, y el 14 del tomo X y los 3, 4, 17 y 18 del tomo XII. Si usted tuviera esos números le agradecería muchísimo me los mandara, pues no me perdonaría haber dado lugar por algún descuido, si es que no fué falta del correo, a perder o a tener incompletos los tomos que usted me ha mandado de su valiosísima antología.*

Anticipándole las gracias por su atención a mi suplica, quedo de usted afectísimo amigo y servidor.

T. ESQUIVEL OBREGÓN

Si se entiende por problema religioso, no asuntos del dogma, sino el ajuste de las relaciones entre el poder público y el de la Iglesia Católica, puede decirse que ese problema adquirió forma aguda al realizarse la independencia de México, discutiéndose desde luego si el nuevo Estado sucedería o no al monarca español en el ejercicio del real patronato.

Debe llamarse la atención a que este problema de ajuste, así como otros muchos que encontraron nuestros estadistas de 1821, continúa sin solución y ésta parece cada vez más difícil.

Para que se tenga una idea de la necesidad de resolver de una vez por todas el problema religioso, me colocaré en un punto de vista netamente positivo con una observación preliminar:

A fines del siglo XVIII era común entre filósofos decir que los que quisieran conocer el papado deberían apresurarse a hacer el viaje a Roma, significando con ello que dentro de aquella generación el papado y la Iglesia Católica y, en general, la religión, habrían desaparecido al impulso del racionalismo.

Pasó aquella generación, y luego el siglo XVIII y la primera parte del siglo XIX con sus rachas demoledoras de jacobinismo, y el papado y la Iglesia Católica continuaron en pie, y la religión siguió siendo un hecho en toda la superficie del planeta. Los sociólogos entonces comenzaron a tomar al hombre como es y no como lo concebían los racionalistas, y a reconocer que, aparte de la razón y con frecuencia por encima de ella, tiene el hombre sentimientos, que más que ser racionalista es sentimentalista, y que la religión, basada en sentimientos, puede resistir los embites del racionalismo. Desde entonces el estudio de los fenómenos religiosos es el tema directo o indirecto de un setenta y cinco por ciento, más o menos, de los artículos que se publican en las revistas de sociología.

La religión, puesta así ante el análisis de la ciencia, es clasificada como una fuerza, la fuerza cohesiva de una nación.

El Estado, por lo tanto, lejos de ser esencialmente antagónico a la religión, encuentra en ella, más que una aliada, un complemento indispensable para la realización de aquellos fines sociales que mayor sacrificio imponen al individuo.

El antagonismo entre la Iglesia y el Estado, privando a éste de la fuerza de aquélla, dejándolo frente al egoísmo individual, es el síntoma más evidente de una enfermedad en la organización social.

En los pueblos fuertes tal antagonismo no existe; si existiera no serían fuertes o su fuerza sería transitoria.

En México, y fundamentalmente en los otros países de la América española, el conflicto viene desde su origen o independencia, a causa de un error dimanado, no del pueblo mismo de esos países, sino de la tendencia inmoderada de sus llamadas clases intelectuales a imitar e introducir instituciones extranjeras con desprecio del propio pueblo, su carácter, costumbres y tradiciones, que son nada menos que la experiencia acumulada y la sabiduría popular en contra de la presunción y superficialidad de los que con la única ciencia de los libros, quieren hacerse pasar por consumados estadistas.

En efecto, al consumarse la independencia de esos países, no había más que dos organizaciones capaces de influir en la política: la organización de la Iglesia Católica,

que dominaba por su acción espiritual, y la de la burocracia, que con la administración civil y militar representaba la fuente de los empleos y el de las influencias para los negocios.

Habiéndose adoptado el principio de la Constitución de los Estados Unidos de la elección de funcionarios por agrupaciones meramente geográficas, sobre la base de una absoluta igualdad ante la cual el saber, la experiencia, la ética y los intereses no deben de tomarse en consideración, los candidatos no necesitaban tener cualidad ninguna. Los gremios, los intereses de la sociedad, no iban a tener representación, no iban a tener fuerza alguna, la elección iba a ser una lucha entre las dos únicas fuerzas de carácter general que se encontraban organizados cubriendo todo el país: la Iglesia Católica y la Burocracia.

En tales condiciones, los candidatos no tenían que aportar al gobierno contribución alguna de saber, de especialización tan indispensable para ilustrar al cuerpo legislador y al judicial mismo; sólo necesitaban demostrar lealtad mientras más ciega, mientras más fanática y resuelta mejor, hacia una de las dos organizaciones: aquella que los nombraba.

La fuerza espiritual poderosa de la Iglesia habría nombrado a todos los gobernantes.

La burocracia, alegando empleos, influencia y dinero, no habría podido sobreponerse, y buscó también un apoyo espiritual: las grandes palabras puestas en boga en aquella época. Las grandes palabras son más poderosas que las grandes ideas, porque, al revés de éstas, aquéllas no dicen nada a la razón, pero exaltan las pasiones, producen los fanatismos. Se tenía así por parte de la burocracia dos elementos: el del dinero y el del sentimentalismo. La Iglesia, que tenía a su favor los sentimientos, también tenía dinero; el primer paso fué quitárselo. Una vez logrado esto, la lucha fué de un sentimentalismo solo contra otro sentimentalismo aliado con el interés de los empleos y las influencias.

No hay para qué detenerse a juzgar si esto era bueno o era malo; basta observar que era natural: que la imitación del sistema de los Estados Unidos hacía tal orden de cosas inevitable.

Al consumarse la independencia de los Estados Unidos no había allí religión predominante que abarcara el país con una influencia única. Tampoco había una burocracia centralizada y de tradiciones unitarias. La lucha allí se entabló entre los dos únicos grandes intereses organizados: La industria manufacturera (republicanos) y la industria agrícola (demócratas). La religión, cada una de las religiones, sin interés especial en la contienda, ayudó sin prejuicios ni trabas a la formación de la idea del deber para con la nueva patria.

La elección por circunscripciones geográficas fué allí por entonces inofensiva, o el mal que le es inherente de elegir representantes sin aptitudes no ha producido males capaces de desorganizar el Estado, porque al menos aquellos representantes eran electos para servir los intereses que los nombraban, no eran nulidades al menos desde el punto de vista económico. De aquí que en medio de todos los errores que puedan atribuirse al Gobierno de los Estados Unidos, él ha tenido siempre la ventaja de conducir al país con los métodos de los negocios, con la lógica, las habilidades y las astucias del comerciante, y el resultado está a la vista. Otras cosas se habrán descuidado allí, pero no la utilidad.

Si no hubiera sido por la pedantería y suficiencia de las clases llamadas intelectuales de México, tan sabias muchas veces en lo que enseñan los libros extranjeros, como ignorantes y despectivas de lo que enseña y de lo que necesita el pueblo, se habría podido crear con lo que el mismo pueblo ofrecía, con lo que él practicaba y entendía, una organización política mucho más perfecta, consistente y eficiente que la que se copió de los Estados Unidos a través de la interpretación que le diera la revolución francesa.

Alamán, un hombre amante y conocedor de lo que México había sido y había valido, hizo la observación de que las reformas que se necesitaban en la organización política de Nueva España habrían quedado satisfactoriamente realizadas en bien del funcionamiento armónico del Estado, con sólo seguir las sabias y detalladas indicaciones del virrey Revilla Gigedo en su información al marqués de Branciforte.

La observación de Alamán podía ser justa: pero entonces ¿cómo habrían podido lucir nuestros intelectuales su saber en la historia y en las leyes de pueblos remotos; en qué ocasión habrían podido usar las frases brillantes de Mirabeau, Barnave y Saint Juste?

En Nueva España había gremios formados alrededor de una clase, de un interés. Gremios de comerciantes, de mineros, de plateros, de talabarteros, etc. Había instituciones como las universidades y asociaciones benéficas. Cada una de esas agrupaciones elegían sus diputados y éstos hacían sus leyes, algunas de ellas notables aun hoy por su sabiduría y todas por reflejar las necesidades y la realidad de la vida social.

Sólo faltaba una cosa, reunir a aquellos diputados, conocedores de las necesidades y aspiraciones de su gremio o de su institución, en un cuerpo o congreso general para que, con conocimiento real de los datos, armonizaran sus intereses y resultara de allí la ley nacional.

Si tal hubiera hecho, el Congreso habría estado compuesto de hombres que contribuían con su experiencia y especialidad a la obra legislativa; los asuntos nacionales se habrían tratado con los métodos de los negocios, pero sin descuidar miras más altas. En el Congreso no estaría representado el distrito de Chamacuero o el de Tiripitío; pero habrían estado representados los comerciantes, los industriales y obreros de la industria del fierro, del calzado, de la minería, de la agricultura, los colegios, las universidades, los abogados, los médicos, los ingenieros, etc. El clero mismo, como representante de una gran fuerza social, debería mandar allí sus delegados.

La bancarroca, que en todas partes es evidente, de la democracia, se debe al sistema estadounidense; él es el que ha traído al mundo este dilema en que hoy vivimos: o la democracia, sobre la base de igualdades ficticias, de abandono de las agremiaciones reales de la sociedad y con los consiguientes desórdenes y la natural ineficiencia, o la dictadura, como única tabla de salvación.

Si se hubiera seguido el sistema de representación por intereses, el conflicto irreconciliable de dos fuerzas únicas organizadas en esferas integrales, sin especificaciones, que se disputan la supremacía social, no habría llegado a presentarse ante el llamamiento de las organizaciones parciales de todo el país, en que el clero y la administración habrían tenido el puesto honroso que merecen, pero no habrían sofocado las otras fuerzas vivas de la nación.

Hoy se pretende modificar la Constitución para resolver el problema, se habla por el clero de modificar un artículo u otro que directamente lo afectan, se quiere volver las cosas a un estado anterior aun a las Leyes de Reforma; pero no se advierte que aun en el supuesto irrealizable de que todas sus demandas le fueran concedidas, lo único que se lograría sería volver a la situación, pongamos, de 1840; en el fondo nada se habría ganado, porque la causa y origen del conflicto quedaba allí.

El clero parece olvidar aquella observación de su sabio Ripalda: «¿Qué importa que la navaja del barbero corte el pelo si deja viva la raíz?»

Atacando el mal en su fuente gana el clero y gana el país. No es posible que este permanezca siempre en el dilema de o estar dominado por el clero o estarlo por la burocracia, sin que en uno u otro caso los derechos del ciudadano o sus intereses parezcan ser factores en la dirección de la cosa pública.

Si, mediante la adopción del sistema tradicional de organización por gremios e intereses, desaparece a la vez la omnipotencia del burócrata y la del clero, éste dejará de ser el poder antagónico natural de aquél y por la lógica de los hechos recuperará una a una sus prerrogativas, el puesto de distinción que le corresponde y sus derechos todos arrancados, no por una ley de justicia sino por consecuencia inevitable de la lucha.

Si el clero ve desde ese punto elevado la cuestión, comprenderá la solidaridad que tiene con todos los ciudadanos y con el bien todo de la patria, y la necesidad que hay para él de que se modifiquen no sólo aquellas leyes que del momento lo lastiman, sino las que salven a México de ese estado de embrollo y desorientación que tantos males ha causado por la indiscreta introducción de instituciones extrañas, y quedará así demostrada la verdad de esta moraleja que nos enseña toda nuestra historia.

México es un país echado a perder por

la pendantería y suficiencia de sus clases llamadas intelectuales, y su única regeneración estriba en buscar en el pueblo y en sus tradiciones la base de una política sensata y progresista, que en lugar de crear conflictos y sembrar odios, resuelva las dificultades por la cooperación y armonía.

(Tomado de *Excelsior*, que lo publicó con el título de: *Un punto de vista nuevo en la cuestión palpitante*).

Señas de escritores

(Cambios. Firmas nuevas)

Ada Negri: Viale dei Mille 7. Milano (20), Italia.

Gabriela Mistral: Bôite Commerce, 12. Fontainebleau (S. et M.) France.

Alfonsina Storni: Calle Córdoba, 807. Buenos Aires. Rep. Argentina.

R. Brenes Mesén: 33 Fisk Hall. Northwestern University. Evanston, Ill. U. S. A.

Martín Luis Guzmán: 9, Rue Chernoviz. París (XVI) Francia.

Isidro Fabela: Jalapa, 113. México, D. F. México.

Polifemo

Conversan.—*Ulises, compañeros de Ulises, Polifemo, Galatea y Ninfas.*

La escena.—*Interior de la gruta del cíclope. Hacia la derecha, una gran piedra que cierra la entrada. En el fondo, entre las sinuosidades de la roca, crece un arbusto que llega hasta una abertura no muy grande. A la izquierda arde una hoguera cuya llama, poco visible al principio, se hace cada vez más, viva conforme avanza la noche. Al iniciarse el drama satiresco, la luz del tramonto, que entra por la abertura, ilumina la caverna. Los compañeros de Ulises se ven aquí y allá, unos acostados, en distintas posiciones los demás. Ulises, desde lo alto del arbusto, mira hacia el exterior de la caverna.*

Escena primera

Primer compañero.—Ulises, Ulises, ¿qué es lo que contemplas? Hace rato en lo alto de ese arbusto permaneces inmóvil, como un pájaro. ¿Qué ves? ¿Llega Polifemo? ¿Qué sucede? ¿Sonríes? ¿Te atreves a sonreir? Responde.

Ulises.—Compañeros míos, vosotros tampoco podríais dejar de sonreír si contempláseis lo que mis ojos contemplan. Polifemo ha descendido hacia la orilla del mar y allí, con el agua que se rompe en mil cándidas espumas sobre la arena oscura, se lava el rostro y con coquetería se arregla la barba y la cabellera. Y ahora, sobre uno de los escollos solitarios, melancólico, contempla el ir y venir de las ondas amargas como el amor y azules como el ~~cielo~~. Y entre las ondas, ahora lejos, ahora cerca, más blanca que las florecidas espumas, aparece y desaparece una ninfa. En las pupilas siento el esplendor del sol que tramonta: por eso no puedo verla bien. Logro comprender que ríe... Oíd! Llega la sinfonía de su risa hasta nosotros como si fuese el trino de un pajarillo lejano. La ninfa ríe, él suspira. Toma la cítara! La prepara: se dispone a cantar! Oíd! Oíd! El monstruo antropófago deviene un músico enamorado.

Polifemo, el Cíclope.—*(Llega su voz bien clara; si algo ordinaria parece, es también muy sonora y armoniosa. Un brevísimo preludio de cítara anuncia el canto del Cíclope).* Veo, sobre el mar que purpúreo se hincha, los blancos alciones. Contemplo una vela que palpita allá a lo lejos; ante ella un delfín enarca su dorso, guiándola, segura, por encima del abismo marino. El corazón de las fieras se impregna de tiernos afectos; tú sola, del Cíclope fiel, ¿no sientes piedad, Galatea?

Primer compañero.—¡Muy bien! ¡Quién pudiera creerlo!

Segundo compañero.—Es mejor de cuanto hubiéramos podido pensar.

Tercer compañero.—Un antropófago que dice exquisiteces: alciones, delfines...

Primer compañero.—Ulises, si cantaseis en concurso, estoy seguro de que habría de vencerte.

Ulises.—Callad, importunos! El Cíclope continúa.

Cíclope—*(Después de un breve y armonioso preludio de su cítara).* ¿No sabes tú que soy hijo de Poseidón? Numen e hijo de Numen soy! Podría morar entre los Inmortales; pero más me agrada la vida libre. ¿Quién vale tanto como yo? De esta isla señor soy; no reconozco leyes; para mí, leche, queso y lanas producen los hatos. La tierra, para mí, se abre dócil ofreciéndome la cebada y las pomas; el olivo destila su néctar para fortalecer mi cabellera. Me encanta, por los senderos del bosque y por los del valle, en carrera con los Euros, cazar los leones y los ciervos. Ninguno de los mortales a acercarse se atreve a esta isla. Desde larga distancia puedo, lanzando la cúspide de un monte, hundir un navío. Si un ejército entero se atreviese a desembarcar, en la playa lo espero, lo ataco, lo aplasto, lo extermino... Hasta los Dioses temen mis cóleras! Hermes, quien estuvo una vez aquí, se vió obligado a huir apresuradamente. Y Júpiter, también Júpiter, si lanza saetas, para mí no son: me encierro en mi cueva y los rayos ante mi puerta se detienen. Todo a tus pies, oh tierna belleza de blancas espaldas, todo lo ofrendo.

¿De la isla quieres ser soberana única a mi lado?

Primer compañero.—Bien, Cíclope!

Segundo compañero.—Conceptuoso discurso!

Tercer compañero.—Valioso!

Cuarto compañero.—Una Ninfa, no sé; pero una mujer ciertamente no sabría rehusar tal partido!

Primer compañero.—Si lo oyese Elena!

Segundo compañero.—Ulises, Ulises, dí, ¿la Ninfa qué hace?

Ulises.—Por el canto encantada parece. La cabeza ha sacado de las ondas. Emergen sus hombros, sus blancas, sus puras espaldas! Emerge la fresca flor de su seno... Entre las manos una gran concha sostiene... se aproxima... ríe... sonríe... está ya cerca del escollo en el que sentado espera el Cíclope. Mira! El monstruo tiende su rostro hacia ella... ¿Qué hacen?

Cíclope.—*(Con un grito prolongado y rabioso).* Uuuh!

Ulises.—Ah! Ah! Ah! Mira! Le ha lanzado sobre el rostro el agua que en la concha traía. Pobre Cíclope! Sorprendido ha dejado caer la cítara y se ha echado hacia atrás cubriéndose con las manos el ojo único! Mira! Surgen náyades a centenares... Juegan... parecen golondrinas... se divierten... se persiguen...

Las náyades.—Ah! Ah! Ah!

Cíclope.—Galatea!

Las náyades.—Ah! Ah! Ah!

Cíclope.—Galatea!

Ulises.—Ay de mí! Compañeros, pronto, volved a esconderos! Viene Polifemo,

Primer compañero.—¿Y tú?

Ulises—*(Bajando de su observatorio)*. Permanezco aquí. No tengo miedo! Polifemo ha jurado que seré el último de vosotros. Y así lo hará, de último ha de comerme. Caníbal es, pero hombre de palabra también lo es.

Escena segunda

Polifemo.—*(Entra, se deja caer sobre una piedra en donde permanece suspirando)*.

Ulises.—Polifemo!

Cíclope.—¿Qué quieres?

Ulises.—¿Por qué lloras?

Cíclope.—Por pasión de amor!

Ulises.—¿Enamorado tú, Polifemo?

Cíclope.—Yo, sí. ¿Es raro?

Ulises.—Viéndote tan fiero y tan libre de toda humana flaqueza, también, de las insidias del amor, inmune te creía, Cíclope!

Cíclope.—Ay de mí! Inmune no soy!

Ulises.—Nárrame, Cíclope, nárrame la angustia tuya!

Cíclope.—Tú sabes que mi padre, el todopoderoso Dios de los mares, dióme talento, belleza, alma y cuerpo invencibles, corazón gentil, voz y palabra serenas. Y todos los bienes que pudieses imaginar: campos, greyes, vestidos, cavernas, todo, todo me concedió. Pero desgraciadamente no creó compañeras para los Cíclopes: ciclopesas. Por eso, cuando a veces contemplo los corderillos que triscan en las praderas al lado de sus vigilantes madres; cuando miro los terneritos, sostenidos apenas por los inciertos pies, alargar el húmedo hociquillo hacia las repletas ubres; cuando veo los potros galopando al lado de los ágiles corceles, siento llenarse mi corazón de una tristeza infinita. Nunca, nunca veré pequeños cíclopes, hijos míos, juguetear entusiasmados a mi lado; no consolarán con sus encantadoras travesuras los largos y solitarios momentos míos; nunca se reflejarán en el fulgor de sus pupilas alegres los rasgos del semblante mío; la virtud mía no ha de multiplicarse: más desdichado soy que un árbol cualquiera que en sus mil ramas ve reproducirse las propiedades que le enorgullecen enmedio del bosque. Por eso estoy triste; aunque me veas bien alimentado, aunque nunca sienta ni sed, ni ansias de nada, llevo en el corazón una honda y desconocida pena, pena inmensa como pocas.

Ulises.—No hay, no existen ciclopesas, como has dado en llamarlas tú. Pero, Polifemo, ninfas esconden las vecinas selvas.

Cíclope.—Calla! No renueves, con tus palabras, mi dolor. Una ninfa del mar, no de la selva, una ninfa, una diosa, me ha robado el corazón: ella me desprecia, de mí se burla; por instantes me alienta, enseguida escapa cruel.

Ulises.—Imposible me parece que pueda despreciar tu amor una diosa o una mujer!

Cíclope.—Y sin embargo, así es! Es bella, demasiado bella! Cuando la forma suya surge esplendorosa de la infinita tranquilidad del mar, a Selene se parece. Selene que brilla serena en el apagado azul de la noche que se inicia.

Ulises.—¿Y no logras convencerla? ¿No sabes conquistarla? Recuerda que también con regalos puede ser seducida una mujer. Y el canto, también el canto, logra dominar de las ninfas los corazones.

Cíclope.—Regalos mil le ofrecí, canciones por ella entoné, largos días estuve pulsando la cítara en su honor: más duro que el de una roca es su corazón adamantino.

Ulises—*(Insinuante)*.—¿Y no has recurrido, dime, al arte de la magia?

Cíclope.—No; nunca aprendí ese arte; mi padre nunca me enseñó sus secretos.

Ulises.—Sin embargo, es un arte infalible!

Cíclope.—¿Infalible?

Ulises.—Todo lo puede.

Cíclope.—¿Hasta saturar de amor un corazón ingrato?

Ulises.—Hasta conducir a tu casa a la mujer que deseas.

Cíclope.—¿Aunque fuese una ninfa?

Ulises.—Aunque fuese una diosa!

Cíclope.—¿A Juno también?

Ulises.—También a Juno.

Cíclope.—Cuánto gusto me causaría el poder engañar a Júpiter! Pero, dime, ese arte, ¿dónde se aprende?

Ulises.—Son perfectos maestros los magos de la Tesalia.

Cíclope.—Y del Etna humeante a la Tesalia ¿qué distancia hay?

Ulises.—La que recorre en el mar, en veinte días, un navío impulsado por fuerte brisa.

Cíclope.—Agil soy para nadar; por placer, me interno en alta mar y presa hago de ballenas y de tiburones y de barcos que cazo aún cuando bogan a toda vela. Pero veinte días no resisto. Además no es digno de un hijo del dios del mar! Me convertiría en un pez! Dime, ¿nadie conoce ese arte, que no sea de la Tesalia?

Ulises.—Sí, los que allá estuvieron y allá pudieron aprenderlo.

Cíclope.—A menudo me has dicho que conoces muchas tierras lejanas y muchos mares de nombres raros. ¿En Tesalia no estuviste?

Ulises.—También en Tesalia estuve.

Cíclope.—¿Y no aprendiste ese arte?

Ulises.—¡Polifemo!...

Cíclope.—¿Qué?...

Ulises.—¿Me prometes guardar el secreto?

Cíclope.—Lo juro. ¿El secreto acerca de qué?...

Ulises.—Acerca de lo que voy a decirte. Los magos de Tesalia son gente terrible. Males inmensos, aún de lejos, lanzan sobre aquellos que, conocedores de sus secretos, se atreven a divulgarlos. Soy discípulo suyo: conozco todas sus fórmulas. Jura de nuevo.

Cíclope.—De nuevo juro. Algo más quiero hacer. De tus compañeros todavía queda una veintena. En estos veinte días que te quedan de vida nadie ha de molestarte. Te tomo bajo la alta protección mía.

Ulises.—Gracias, Polifemo.

Cíclope. — ¿Pero, realmente los conoces esos secretos? ¿Podrías hacer que hasta aquí llegase Galatea?

Ulises.—Hacerlo podría.

Cíclope. — Pero voluntariamente! Por la fuerza no me gustaría: que ansiosa llegue hasta mí sin que nadie la obligue sino su deseo. En cuestiones de amor soy muy escrupuloso.

Ulises.—Vendrá voluntariamente.

Cíclope.—Empieza.

Ulises.—Antes, debes limpiar bien la caverna, disponer bien las almohadas en el lecho, quemar mirra, llenar todo de rosas. Disgustadas, muy disgustadas son las ninfas del mar!

Cíclope. — Es justo! *(Dirigiéndose a los compañeros de Ulises)*. Jóvenes, venid; no tengáis miedo! Salid; esta noche es noche de descanso para vosotros. No habrá cena! El amor me ha robado el apetito.

Ulises.—Escucha, Polifemo. El fluido mágico es de naturaleza semejante a la de la luz que irradia y se escapa por el éter infinito cuando no encuentra obstáculo alguno; si algún objeto opaco se interpone, se detiene enseguida. Para que ese fluido desde aquí pueda difundirse hasta la playa, es preciso que remuevas esa piedra inmensa que cierra la entrada de la caverna tuya.

Cíclope—*(Riendo)*. Ah! Ah! Ah!

Ulises.—¿Por qué ríes, Polifemo? ¿Por la alegría que experimentas al pensar que pronto ha de venir aquí Galatea?

Cíclope.—Ah! Ah! Ah! Río del fluido mágico, del éter que irradia de la caverna y que necesita libre la entrada! Ah! Ah! Ah! Busca otro engaño para salir de aquí. El presente de nada te ha servido! No lograrás tan fácilmente burlarte del Cíclope. Me has hecho reir! Ah! Ah! Ah! De nuevo siento apetito! *(Los compañeros de Ulises escapan, escondiéndose aquí y allá)*. Quietos! El Cíclope sabe cumplir con su palabra!

Ulises.—Polifemo; francamente voy a hablarte. No soy mago; pero sé, en el corazón de los hombres y en el corazón de las mujeres, leer los más profundos secretos; los sentimientos escondidos en lo más íntimo los veo tan fácilmente como tú ves las formas exteriores; conozco perfectamente el arte y las palabras que cautivan mejor el corazón de las mujeres. Te oí hace poco cantar al compás de tu cítara encantada: mucho me agradó tu voz. No desconoces los secretos de la música! Sin embargo, ¿crees que pudieran convencer a Galatea las palabras que cantando le dedicabas? En ellas tejías tu propio elogio, ante ella te presentabas soberbio como un pavo real que, al sol, despliega su rueda de arco iris. No, Polifemo, no es ese el arte de seducir a las mujeres, no son esas las palabras de un poeta. Háblale de ella, solo de ella, de la suma belleza suya; háblale como a una Diosa, llévala, en tu elogio, hasta el sétimo cielo; llora, gime tu miseria; díle que si no te escucha, morirás, te lanzarás, desde lo alto de una roca, al abismo tan amargo como su ingratitud; díle que después, todas las noches, ha de mortificarla el recuerdo de su suicidio...

Cíclope.—Y crees tú que con esas nimiedades he de conseguir su amor?

Ulises.—Sí, siempre que sepas decirlas con bella frase y con acento justo.

Cíclope.—No te creo, no.

Ulises.—Probemos.

Cíclope.—Hagamos la prueba. Sí, la prueba de escaparte. ¿Deseas que te abra la jaula, verdad?

Ulises.—Perdona, Polifemo, ¿y no estás tú aquí? Si escapase, dime, ¿no te sería fácil alcanzarme en cuatro saltos?

Cíclope.—¡Es cierto!

Ulises.—Entonces, probemos!

Cíclope *(Con triste acento)*. ¿Para qué? Si ella viniese, sería atraída por el encanto tuyo, no por el mío. Yo quisiera conquistarla con mis méritos, no con los ajenos. ¿Te has figurado, tal vez, que no tenga amor propio? O la seduzco yo, con mis cantos, o a ella renuncio y termine conmigo la estirpe regia de los cíclopes.

Ulises.—Puedes cantar por los siglos de los siglos, Cíclope: ella no vendrá. Músculos y nervios tendrás más que yo; pero seducir el corazón de una mujer no te será tan fácil como lo es para mí.

Cíclope.—¡Eres presuntuoso en demasía!

Ulises.—No ¡Distinguir sé solamente entre una rosa y una col!

Cíclope. — Atento, hombrecillo, no seas fanfarrón.

Ulises.—Comprendo ¡Temes el parangón!

Cíclope. — *(Enfurecido)* Está bien. Escucha; abro la caverna: canta tú. ¡Pero si no obtienes éxito, si Galatea no viene enseguida, te prometo que, sin esperar los veinte días a los que tienes derecho, te he de comer, asado a fuego lento, como un pollo! ¿Aceptas?

Ulises.—Acepto. ¡Pero si venzo, acuérdate, Galatea no ha de ser tuya!

Cíclope.—Te lo repito: en cuestiones de amor soy muy escrupuloso, si la convences, tuya es!

Ulises.—¿Y cómo? ¿Si soy tu prisionero?

Cíclope.—¡No; serás libre! ¡Irás con ella! Descenderás al fondo de los mares entre ninfas y tiburones.

Ulises.—¿Y mis compañeros?

Cíclope.—En honor de Galatea he de prepararlos en salsa bien condimentada.

Ulises. — No, Polifemo, no traicionaré nunca a quienes conmigo afrontaron peligros, tanto en el mar como en la tierra. O nos dejas libres a todos o todos terminaremos nuestros días en el negro vientre tuyo! Decide.

Cíclope.—Decidido está. Si logras cuanto dices poder obtener con tu canto, os dejo libres a todos. Estoy tan seguro de que no he de quedarme en ayunas a causa de tus melodías!

Ulises.—Entonces, ¿el trato está hecho? Dá la mano!

Cíclope.—Un momento.

Ulises.—¿Qué pasa?

Cíclope.—¿Cómo harás para que Galatea crea que soy yo quien la llama siendo en realidad tú? Tu voz y la mía bien diversas son!

Ulises.—No; mucho se parecen! Además sé imitar muy bien las voces ajenas. De noche, todos los gatos son pardos!

Cíclope.—Así dicen!

Ulises.—Ahora, Cíclope, te suplico que te escondas allí, en el fondo de la caverna. No te muevas, pase lo que pase! Jura que así lo harás!

Cíclope.—Por el dios del mar, mi padre, te lo juro!

Ulises.—Y ahora, adelante! Quita esa roca!

Cíclope.—*(Hace a un lado la roca que cierra la puerta de la caverna y corre enseguida a esconderse. Por la abertura se logra ver un pedazo de mar y de cielo fantásticamente iluminado por la luna que, entrando de costado, lanza un haz de luz sobre la parte delantera de la escena. En la esquina que forma la entrada y en la sombra se coloca Ulises con la cítara del Cíclope. Los compañeros permanecen ocultos, aquí y allá, apenas iluminados por la llama de la hoguera)*.

Escena tercera

Ulises.—*(Preludia brevemente, luego declama con acento a la vez dulce y viril)*. La luna sobre el piélago estiende un puente de plata: las ondas intranquilas danzan envueltas en velos levemente teñidos de blanco y de azul: ¿Quién pasará por el mágico puente de plata? ¿Cuál milagro de belleza saludan las ondas con débil susurro agitando sus velos teñidos de blanco y de azul?

Primer compañero.—¿Ves algo?

Segundo compañero.—Nada!

Tercer compañero.—Sí!

Cuarto compañero.—Un destello!

Primer compañero.—Una huella fosfórica!

Segundo compañero.—Una cabellera admirable!

Tercer compañero.—Dos níveos brazos!

Cuarto compañero.—¿Es un ensueño?

Primer compañero.—¿Es un fantasma?

Segundo compañero.—Es una mujer!

Tercer compañero.—Es una Diosa!

Cuarto compañero.—Es la Ninfa invocada!

Todos.—Galatea! Galatea!

Ulises.—Oh! Galatea, ¿cuál verde encanto de algas presa te tiene en las marinas grutas? Cabalga sobre el dorso del piélago: encanto no existe que venza la tenue dulzura que aquí se respira! Oh! Galatea! ya Mayo florido sus rosas ha dado: azul está el cielo, la tierra es toda una flor: arde incienso sagrado en el aura; aspirarlo debemos como ebrio licor! Ebrio me siento! Ebrio me siento! Fantástico impulso del suelo me arranca: rápido me lleva por los amplios espacios, errando me lleva de estrella en estrella!

Primer compañero.—Vedla!

Segundo compañero.—Emerge del agua!

Tercer compañero.—Qué seno tan níveo!

Cuarto compañero.—Qué cuerpo tan bello!

Primer compañero.—Qué línea tan pura!

Segundo compañero.—Bocado de rey!

Ulises.—Ay! de improviso, como en calma, se dobla la vela turgente, así se detiene, con alas heridas, mi vuelo magnífico! Miro curioso cuanto me rodea: estoy en la gruta, y solo y solo me encuentro! ¿Qué pecho se alegra con mis alegrías? ¿Cual alma responde vibrando si canta o si llora la cítara mía? En vano yo busco una tibia mejilla, en vano deseo un cándido brazo! Inclino la frente... descansa en las rocas ingratas! Galatea! Galatea! En lágrimas se deshace mi espíritu: frígida mano me oprime la frente: férreo nudo circunda mi pecho: se cambian en llanto palabras y cantos!

Primer compañero.—¿Se acerca?

Segundo compañero.—En la playa está!

Tercer compañero.—Sale ya de las espumas!

Cuarto compañero.—Nada sirve tanto, con las mujeres, como la ternura!

Ulises.—Galatea! Galatea! cierro los párpados y todo, todo mi corazón te contempla, desde la rubia cabellera, hasta la nítida cadera, hasta el muslo de mármol, hasta el ágil pié! Toda te envuelve un velo blanco, diáfano, como nube no densa ante el sol: un efluvio, de ti se desprende tibio, como se difunde el perfume de las rosas! No me mires, Galatea! Si los verdes ojos tuyos en mí fijas se apodera de mi corazón una angustia terrible; me devora una llama destructora, como si fuese yerba inútil!

Primer compañero.—Yerba inútil, el Cíclope ingrato!

Segundo compañero.—Hace reir!

Tercer compañero.—La comparación poco feliz me parece!

Cuarto compañero.—Preparémonos, Ulises.

Primer compañero.—Callado está!

Segundo compañero.—Está borracho.

Primer compañero.—Vendrá?

Segundo compañero.—Sí!

Tercer compañero.—No!

Cuarto compañero.—Sí!

Tercer compañero.—No!

Ulises.—No me mires, Galatea, horrible soy! Oyeme, solamente. Mil sirenas cantan en mi sangre! Una música indecible impregna las hirvientes venas mías. Ven, la escucharás de cerca. Si las suaves crenchas tuyas reclinas sobre mi corazón que languidece, escucharás esta sobrehumana angustia, esta infinita sinfonía de mi sangre. Sabré enloquecer el alma tuya con los besos, con los suspiros, sin palabras, como a los impulsos de Eolo el mar se conmueve, como el aire se incendia bajo el sol. Conocerás también tú este vértigo en el que están mezclados, prisioneros, el espasmo y el placer, el odio y el amor, la vida y la muerte! Yacerás sumida e un torbellino de llamas hasta que el alba se deshaga pálida en el regazo ardoroso del sol: también, tú, pálida, como el alba, también tú, te sentirás deshecha en los brazos míos! *(Algunos instantes de silencio absoluto. Poco después, en la entrada de la caverna, envuelta por la luz lunar, aparece, completamente blanca, Galatea.*

Escena última

Galatea.—Cíclope!

Ulises.—*(Siempre escondido en la sombra)* Galatea!

Galatea.—¿Dónde te escondes?

Ulises.—Aquí, en la sombra. Ah! has venido!

Galatea.—Al dulce reclamo de la canción tuya. Deseaba escucharla de cerca.

Ulises.—¿Entonces, Galatea, ¿no me aborreces?

Galatea.—¿Aborrecerte? ¿Y por qué, Cíclope?

Ulises.—No lo sé. Hace poco, cuando me acercaba a la playa, solo risas y burlas teníais para mí, vosotras, las ninfas.

Galatea.—Eran graznidos de pájaros marinos! Pero, ¿qué haces sumergido en la sombra? Acércate, al claro de luna!

Ulises.—No me atrevo!

Galatea.—Lleno de timidez, como eres, no me pareció el canto tuyo.

Ulises.—Para cantar, atrevido soy. Atrevido soy siempre, de lejos. Entonces, sí, te dedico mil delicadas cosas: de cerca, se desmaya la voz en los labios. Mucha vergüenza siento del horrible rostro mío. Esta pobre, torva pupila mía, no se atreve a fijarse en tus ojos que son dos luces del cielo. Déjame aquí, déjame escondido en la sombra. La luna se burlaría si en coloquio íntimo de amor contemplase el horrible molusco y la iridiscente mariposa.

Galatea.—No, eres feo, Polifemo! Tienes fuertes miembros, tienes firme corazón. Nunca será feo quien de manera tan delicada canta!

Ulises.—Sin embargo un día me dijiste que no podías fijar, sin repulsión, tu mirada en mi persona.

Galatea.—Tonterías! Coqueterías! No les des tanto valor! No conoces las mujeres, Polifemo! Sal! No querrás que descienda yo, a raptarte, de enmedio de las tinieblas de tu caverna.

Ulises.—*(Sale).*

Galatea.—*(Retrocede espantada; lanza un grito).* Ay! Qué es lo que miro! ¿Dónde está el Cíclope? ¿Y tú, quién eres? ¿Un mortal? ¿Un dios?

Ulises.—Mortal yo soy! Itaca montuosa es la patria mía. La espada es mi fiel compañera.

Galatea.—¿Y aquella cítara?

Ulises.—Del Cíclope es.

Galatea.—¿Y la canción?

Ulises.—Mía.

Galatea.—*(Después de una pausa).* ¿Y Polifemo?

Ulises.—Muy lejos está.

Galatea.—¿Y por qué te encuentras en su caverna?

Ulises.—Huésped suyo soy. Pero no hablemas de Polifemo. Galatea, ¿te gustó el canto mío? Nada decía que impreso en el fondo de mi corazón no estuviese. Ví la sobrehumana belleza tuya. Desde entonces otra cosa no sé hacer sino delirar de amor. Y tú, perdóname, perdona si un mortal osó alzar hasta ti su mísera mirada. Otros, tú lo sabes muy bien, otros mortales gustaron a las Diosas.

Galatea.—Bello eres, mortal! Al principio creí que fueses un dios! El mensajero Hermes que a la tierra desciende con frecuencia. Dime, ¿quién te enseñó a modular canciones con tanta perfección?

Ulises.—Mucho me enseñó un hábil citarista; mucho también el caminar errabundo, muchísimo el sufrir!

Galatea.—¿Y el nombre tuyo, cuál es?

Ulises.—Ulises!

Galatea.—¿Ulises? Hasta el fondo del mar llegó la fama tuya! Eres el más astuto de los hombres! Y Polifemo, ¿sabes dónde está?

Ulises.—Dejemos a Polifemo; respóndeme: ¿qué debo hacer? ¿Atreverme? Ante ti me inclino; ¿cómo te debo invocar? ¿Con cuáles nombres debo llamarte? ¿Los que a los Númenes dedican los hombres? ¿Los que, ebrios de amor, susurran en los oídos atentos de la amada?

Galatea.—No sé, decírtelo no puedo. Demasiado turbada estoy. Me gustó tu canto, me gusta tu belleza viril. Pero otra cosa creía; me siento indecisa, temerosa! No temes que tornar pueda el Cíclope?

Ulises.—Tarde ha de volver.

Galatea.—Lo dices de un modo...

Ulises.—Tal vez no vuelva!

Galatea.—¿No volverá?

Ulises.—Galatea, ¿no conoces las ingratas costumbres de Polifemo?

Galatea.—¿Cuáles?

Ulises.—¿Ignoras, tal vez, que hace morir a cuantas personas llegan hasta su caverna y que con ellas se brinda espléndidos banquetes?

Galatea.—Algo de eso he oído decir a las ninfas. Sin embargo, no puedes quejarte, cordial refugio te ha ofrecido.

Ulises.—Me pescó con su red! Llegué a esta gruta hace seis días, con seis compañeros. Uno cada día le sirvió de alimento. Esta tarde, también yo, debía ser presa de sus mandíbulas insaciables. Galatea! Cómo, no contemplo un gesto de horror en tu rostro que es todo luz!

Galatea.—Continúa.

Ulises.—Pero en el pecho mío late un corazón de héroe. Encontré, escondida en la caverna, una espada roma, oxidada, manchada de sangre: luctuoso trofeo, talvez, de algún hombre por el Cíclope devorado. En la roca la afilé...

Galatea.—Y Polifemo, ¿dónde estaba?

Ulises.—Cazando. Luego la oculté, y cuando él retornó le dí, primero, en el nefando alimento, un dulce vino de Ismarra, mezclado con el oscuro jugo del opio. Polifemo tomó algunos tragos y cayó completamente dominado. Entonces, empuñé la espada y...

Galatea.—Ay!

Ulises.—Me acerqué...

Galatea.—No!

Ulises.—Y hasta el corazón del Cíclope llegó la aguzada punta. Dió un grito terrible: su último grito... luego silencio...

Galatea.—Malvado hombrecillo! Cobarde! Has asesinado a Polifemo! Polifemo! Polifemo!... Eres un cobarde! ¿Mientras dormía? Digno héroe de los hombres eres, asesino de gente que duerme!... Polifemo!... ¿En dónde escondiste su cuerpo? ¿Dónde?... Muerto no puede estar!... Era hijo de un Dios!... Estará aturdido, ebrio quizás! ¿Dónde está?... Quiero despertarlo!... Pérfido, pérfido Ulises!... Inmundo gusanillo!... ¿Y creías que con cuatro quejas, con cuatro indignos lamentos, lograrías tocarme el corazón? El es el héroe, tú no! Por las selvas solitarias, ciervos y leones cazaba inerme! Sin ayuda alguna arrancaba de las montañas las crestas rocosas y las lanzaba sin esfuerzo alguno hacia el mar para destruir enteras flotas de corsarios! Todos le temían: desde lejos, al ver brillar la hoguera de su caverna, las naves, para huir, presentaban al viento todas sus velas! Y nosotras, seguras emergíamos de las ondas, jugueteábamos tranquilas a flor de agua y sobre las algas de la playa oscura! Y ahora, ahora, ¿quién, quién nos librará de la inmunda lascivia, de la lujuria atrevida de los hombres? Vendrán, vendrán en muchedumbre, y las fragantes selvas de esta isla adorable se convertirán en playas de fétidos tugurios; la bahía azul, fresca y olorosa a sales marinas, puerto será de torpes aguas oleaginosas! Y todo esto, por culpa tuya, por el sacrilegio tuyo, hombrecillo malvado! Pero ha de castigarte como mereces el padre suyo, el dios de los mares! Dime, ahora, responde: ¿dónde lo enterraste? No conozco artes mágicas ni diabólicas, pero, aunque hubiese muerto mil veces, con el bálsamo de mis lágrimas, con el fuego de los besos míos, sabré resucitarlo! En dónde estás, Polifemo? Polifemo!

(Pasa a la página 288)

El nocturno del baile

Agil el pie fileno qne en el salón se atreve
con esa aristocracia del ala que se mueve
para volar...! Preludia un instrumento lento...
¡Es un gotear de notas en la copa del viento!
Súbitamente interrumpe la orquesta. Y se diría
que está saltando rota una cristalería,
o que entre un claro ambiente un niño bueno hiciera
que de golpe se abriera toda una pajarera...
Y hay un afán de faldas que en el salón remeda
la gloriosa locura de un huracán de seda!

Yo estoy solo... Y mi Amada en la sala encantada
se va con el acorde de la música alada;
y es tan bello su cuerpo y la línea es tan pura,
que yo pienso se ha echado a andar una escultura
por el salón en fiebre, donde un gran sorbo manso
da el espejo que tiene la quietud de un remanso.
Y la faz pudorosa que se la da en olor
parece que le sale del hueco de una flor;
y el mancebo la bebe la fragancia... Y yo veo
que por sus cielos corre la nube de un deseo...!

Se me ha ido el reposo, y ya en pies me sofoca
el ambiente, y un grito se me anuda en la boca.
He apurado la angustia del que buscó un asilo
para urdir y no puede porque se enreda el hilo.
He sentido que algo se me ha roto en el pecho...
Por la paz del alero pasa un buitre en acecho!
Y me estremezco y ando con el desasosiego
de aquel que de repente se va poniendo ciego....

Ya se duerme la orquesta, ya se apagan los sones...
¡Un trajín de corpiños y un vuelo de ilusiones!
Amor pasa y repasa frente a la dama hermosa
con la inquietud del niño cuando busca una cosa.
Y mi Amada sonríe, y primoroso y rico
en su mano aletea el purpúreo abanico
que me sugiere al punto, con su murmullo leve,
un gigantesco insecto sobre un boton de nieve!

No estoy solo. La Amada se ha sentado a mi lado.
En sus breves pupilas todo el Sol se ha quedado
como dormido, y una sonrisa riza el ala...
Un rayo de la Luna me improvisa una escala!
Noche azul de Verona! Un jazmín por la alfombra,
y un reproche, y un beso que se arrastra en la sombra...,
¡Cuánta dulzura pone mi Amada en la mirada
cuando lo dice todo, cuando no dice nada!

Al alma de mi novia por sus ojos me asomo.
Y ya me siento alegre tal un pájaro, como
si con la hebra fúlgida que en su frente he cogido,
—dorada paja lírica—me fuera haciendo un nido!

RAFAEL VAZ

En Coro (Venezuela). 1926.

La balada de los que van por el camino después de las lluvias

Ultima novedad fresca, recién salida
de una fábrica nueva. Plenamente dichosos,
como el agua de Mayo, como Pascua Florida,
juegan hoy los caminos. Exámetros nerviosos,

bailan todos mis siervos mecidos por la danza
libre y francijammesca del camino lavado
y se baña mi vida con lluvia de esperanza
y se pone sus trajes de domingos, bordados

con hilos andariegos, locos, trascendentales.
Entre cabras hurañas, las voces del camino,
como pájaros libres, frescos y matinales,
ensayan la nerviosa canción del peregrino.

Ciervo, tus ojos de agua retirados y esquivos,
por donde nadie pasa, larí, lirá, larí......
son para mi nostalgia de versos optativos
y huraños y asustados, larí, lirá, larí.

En qué lengua cantara, mis queridos hermanos,
j'aime le son du cor, le soir au fond des bois
no le digáis a nadie que tengo nuevas manos,
nuevos pies, nuevos ojos, lirá, larí, lirá.

Ciervo por tus dos ramas que siempre van contigo,
entre las hojas verdes, mi vida vivirá,
como en la silenciosa parábola del trigo,
la párvula semilla, lirá, larí, lirá.

El pájaro celeste Simbad, aeroplano
de Dios, uno tras uno, relata sus mil días,
de viajes y más viajes; con vuelo franciscano
de frescas bien pintadas y nuevas alegrías.

Y con nostalgias rezan, las ramas envidiosas:
el pié son, las raíces y nosotros la mano;
en las raíces, lloro nocturno de las cosas,
y en las ramas, dichoso rumor d'aeroplano.

Quisiera las dos alas del pájaro, quisiera
los saltos de la cabra, los pies electrizados
de l'ardilla despierta, nerviosa maromera
y los pasos esquivos huraños y asustados

del ciervo. Pobre rama, porque fuiste sufrida,
humilde y silenciosa, Piés para andar con ellos,
y Aquiles pies ligeros de marcha florecida,
serás. Vendrán los ciervos, por los caminos bellos,

cuando pasen las lluvias, vendrán, vendrán contigo.
Viajar es necesario, viajar, viajar, viajar
hasta que se nos siembre, como se siembra el trigo.
La muerte sólo sabe sembrar, sembrar, sembrar.

....
....
....
....

Después el peregrino se quedó silencioso,
con las manos alzadas, como fuera de sí......
¿Tendrán más entusiasmo de vino generoso,
las uvas de Borgoña? ¡Larí, lirá, larí!

A. H. PALLAIS
Presbítero.

Mi amigo el poeta quiso que yo escribiese detrás del paisaje

Ver, con estos ojos que Dios nos ha dado,
como ven los dulces niños inocentes,
ver como quién dice: Nos hemos bañado,
en fresco remanso d'aguas transparentes.

En alados versos unir los extremos
de la luz, Sor Clara de los Sacramentos
que arrulla dichosa todo lo que vemos,
con siete palabras de inefables cuentos.

Paisaje mi verso, tímida acuarela,
tu amigo, discreto paisaje también,
paisaje tu niña, nostálgica vela,
que en mares de ensueños nuestros ojos ven.

A. H. PALLAIS
Presbítero.

León de Nicaragua.

Lo que puede ofrecer Rumanía al estudiante de arte

Por el Profesor VASILE PARVAN

Traducción inglesa de Charles Upson Clark.
Versión española de J. C. Sotillo Picornell.

El territorio ocupado por el pueblo rumano, entre el Dniester, el Danubio, el Theiss y el Mar Negro, constituye, desde el punto de vista artístico, uno de los más ricos depósitos de material histórico conocidos, y es, sin duda, una de las culturas más variadas y heterogéneas que pueda encontrarse en Europa. Las excavaciones, exploraciones y comparaciones practicadas confirman su carácter como una área cultural entre estos cuatro puntos cardinales: el Sudeste, (troyano, milesio, greco-asiático, greco-romano-oriental, bizantino, turco, phanariota); el Noroeste, de un lado, prehistórico, gótico, germánico; del Sudoeste, el ilirio de los tiempos prehistóricos, con cerámicas decoradas en relieve, del tipo Butmir; luego, romano, italo-dálmata, serbo-ilirio, italiano puro a partir del siglo XVII; en el Nordeste, de días remotos, vasijas pintadas del tipo del valle de Petreni-Cucuteni-Dnieper; luego, scytio, seguido de diferentes formas de la cultura eslavo-tártara. Si agregamos la influencia de la arquitectura y arte góticos del occidente, venidas ambas a través de fuentes germano-húngaras y germano-polacas, y a través de fuentes italo-serbo-dálmatas, la última de influencia italo-renacentista, y la influencia del arte árabo-perso-caucásico, que fué traído de Constantinopla directamente por el Mar Negro, y a través de la Rusia meridional, comprenderemos por qué un arqueólogo o estudiante de arte, recién llegado a Rumanía, está en peligro de incurrir en generalizaciones inadecuadas, ya sea exagerando el aspecto oriental de su cultura, o por acentuar el caráter occidental de la vida rumana. En efecto, esta área, de unos 300,000 kilómetros cuadrados, ocupados por quince millones de rumanos, tiene límites cdmunes con esas cuatro grandes complejidades histórico-geograficas arriba mencionadas, y se ha desarrollado en una perfecta unidad cultural a través de la modificación especial étnico-psicológica de estas cuatro categorías de influencias.

La investigación histórica nos da la certidubre de que por unos 2400 años, alrededor de 500 antes de Cristo, poseemos en este territorio una perfecta unidad etnográfica, primero dacia, y después de los días de Trajano, daco-romana. Las características espirituales del pueblo daco-romano están claramente manifiestas en su rico y variado arte popular, así como en su arte etnográfico e industrial. La diferencia en el folk-arte rumano y el de los pueblos que la rodean consiste en el tratamiento de varios temas universalmente difundidos de manera más sobria, (tanto en el dibujo como el colorido), más distinguida, graciosa, sutil e



Cruz antigua de piedra en el cementerio de Razood, Valaquia.

ingeniosa, y menos vulgar en la moderación y la armonía; (tanto funcional como ornamental) de las manifestaciones y desarrollos culturales ya sean artísticos, ya sociales. Del mismo modo los factores de civilización y arte más elevados que nos vinieron de esas cuatro direcciones ya especificadas, sufrieron en Rumanía una fusión similar a la que encontramos en Italia en el arte de Nicolás d' Apulia y sus sucesores: antiguos elementos romanos se funden con el puro estilo gótico y forman una nueva entidad capaz de un desarrollo independiente, coincidentes ambas fuentes originales de inspiración. En la arquitectura eclesiástica rumana, podemos seguir a este respecto la fusión de los elementos gótico-bizantinos, por un lado, (del arte italiano de Giotto en adelante) y por el otro, una mezcla de factores eslavos e italianos.



Detalle de pared esculpida en el Monasterio de Mount. (Año 1500).

Para el estudio de este arte rumano necesita Rumanía extender su Museo Nacional de Antigüedades, estimular la publicación, organizar investigaciones artísticas, excavaciones, etc. Mucho se ha hecho. Los bellos volúmenes ilustrados de la Comisión de Monumentos Históricos, son comparables a las más bellas publicaciones de otras partes, pero las riquezas obtenibles han sido escasamente tocadas. Hay que considerar la fabulosa riqueza de los sitios aneolíticos, neolíticos y de la edad de bronce que posee Rumanía. Casi no hay un valle que no pueda vanagloriarse de poseer algún resto de establecimiento prehistórico con sus fragmentos de cuerno o bronce. Lo que se ha hecho hasta el presente es apenas la exploración de aficionados o extranjeros, como Hubert Schmidt, en Cucuteni, antes de la Guerra, y Karl Schuchhardt y otros en Valaquia, quienes se aprovecharon de su ventajosa posición de ocupantes temporales durante la guerra. El importante sitio de Salcutza, al Sudoeste de Craiova, la investigación del cual fué comenzada antes de la guerra por mi compañero de labores Dr. I. Andrieshesco, ha sido ahora sistemáticamente explorado y los resultados van a ser publicados. En Transilvania, el Dr. Martin Roshca, del Museo Arqueológico de Cluj, (Kolozsvar, Klausenburg) realizó valiosos trabajos en arte prehistórico antes de la guerra y estará pronto en condiciones de reanudar sus investigaciones. El Doctor Julius Martzian también llevó a cabo importantes excavaciones en Transilvania, con los últimos métodos de exploraciones preliminares y levantamiento de planos. Por medio de trabajos estratigráficos y tipológicos, especialmente en los innumerables *túmuli*, conseguiremos sin duda abrirnos rápido rumbo hacia la fascinadora empresa de determinar los orígenes de la cultura del Sudeste de Europa en el primero, segundo y tercer milenios A. de C. Rumanía, donde estas diferentes corrientes se cruzaron y mezclaron, da un testimonio decisivo para el período de las migraciones de pueblos, con los famosos descubrimientos de Petroasa, publicados por el famoso arqueólogo rumano Alejandro

Odobescu, y los de Sant Miclaushul (Nagy Szent Miklos) en el Banat.

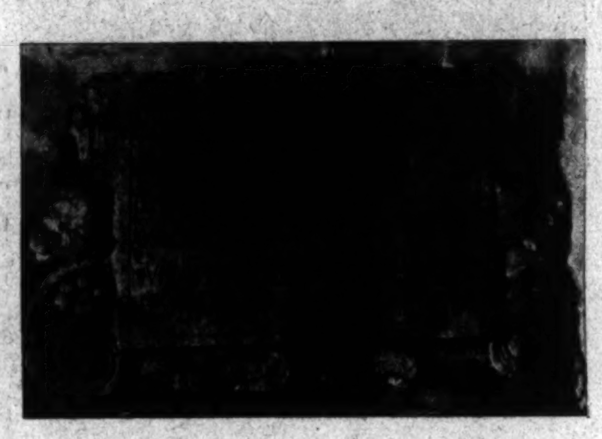
Rumanía ofrece al estudiante de arte monumentos de los períodos clásico y bizantino de más o menos importancia. En la Dobrudja hay una ininterrumpida sucesión de ruinas del siglo VII antes de Cristo al siglo VII de nuestra Era. Tenemos un ejemplo clásico en mis excavaciones en Historia (Istros) publicados en los Anales de la Academia Rumana en 1916 y en el Anuario del Instituto Arqueológico de Alemania, 1915. Allí encontramos una continuada serie de monumentos, desde vasos proto-corintios y estatuetas arcaicas de terracota hasta murallas bizantinas de Anastasio, como del 514 de nuestra Era. En la Dobrudja tenemos aun ciudades griegas inexcavadas cerca del mar, y por el Danubio y tierra adentro, pueblos y campamentos romanos. En todas partes hay construcciones y fortificaciones bizantinas, y una riqueza en antiguas basílicas cristianas (véase mi trabajo *Tropaeum Trajani)* así como numerosas ruinas del período bárbaro bizantino de los siglos IV al VI, (véanse mis Excavaciones e Investigaciones en Ulmetum).

Hay menos ruinas greco-romanas en Moldavia, incluyendo la Bucovina y la Besarabia, excepto en la colonia griega de Tyras, y Valaquia. Sin embargo, muy importante para presuntos estudiantes son el ánfora griega de Thasos del siglo III antes de Cristo que encontré en mis excavaciones en Poiana, Moldavia, y las varias antigüedades encontradas en los *túmuli*, como el vaso jónico de bronce de los tiempos clásicos, de Balanoia, cerca de Giurgiu, (véanse mi *Castrul de la Poiana* y *Dacia Malvensis* en los Anales de la Academia Rumana de 1913). Por otra parte, la Valaquia occidental (Oltenia) el Banat y Transilvania, que constituyeron la provincia romana de Dacia Trajani, es notablemente rica en antigüedades romanas. Aquí también se han realizado muy pocas excavaciones sistemáticas. Hace pocos años sólo el Dr. Arpad Biday del Museo Arqueológico de Cluj ha excavado científicamente en Porolissum.

La nueva Universidad rumana de Cluj está predestinada a ser el centro de tales investigaciones en Transilvania. En el Banat y Oltenia, en aproximándonos al Danubio, es sorprendente encontrar ruinas del período bizantino también: obsérvese la *Novella XI* de Justiniano, otra prueba del renovado dominio del Imperio Oriental Romano sobre esta región, que nunca fué abandonada por sus habitantes daco-romanos ni aun después de la retirada de las Legiones en 270 (véase mi *Istoria Creshtinismului daco-roman)*. Debemos tomar en cuenta, también, que el más notable de los arqueólogos rumanos, el Dr. Gregory G. Tocilesco, excepción hecha de sus estudios del monumento triunfal de Adam Klissi y de los caminos y murallas de la Dacia romana, solamente se interesó en el aspecto inscripcional de sus descubrimientos. Frecuentemente sus excavaciones de sitios y campamentos romanos, aunque realizadas completamente, quedaron sin publicar y han sido rellenadas y destruídas. El problema principal de la civilización daco-romana,—en cuanto a su extensión y profundidad— debe ser resuelto principalmente por los descubrimientos arqueológicos del futuro, especialmente porque una gran parte de los daco-romanos estuvieron organizados en una base rural, en *territoria* con *quinquennales* y *magistri*, y vivieron en villas, que, desde el punto de vista arqueológico, representaron una modesta cultura muy parecida a la de los tiempos prehistóricos.



El castillo de Matías Corvinus en Hunedoara aun presenta un completo apecto medioeval.



Tumba del príncipe Mateo Basarab en la Catedral de Tirgovishte.



La Catedral de Argesh, construída en 1508 por el príncipe Neagoe Basarab y pintada en 1546.

La importancia de los estudios de los monumentos medioevales de Rumanía para la historia de la civilización europea, ha recibido fresca confirmación con los recientes descubrimientos del Dr. V. Draghiceano, en Argesh, y que hacen época en algunos respectos, como los de las tumbas reales en Mycenae. Y existen más de estos problemas medioevales de lo que se piensa. Además de los castillos y fortalezas construídos por romanos y extranjeros en nuestro territorio, en la Dobrudja moldavia, Valaquia y Transillvania; además de iglesias, monasterios y monumentos de esos días, tenemos innumerables atalayas, fuertes, *túmuli*, y reductos subterráneos que piden investigación. La cuestión de si fué contínua la residencia del pueblo rumano en su propio territorio desde los días de Trajano a los nuestros, sólo puede ser contestada por la arqueología, ya que los documentos históricos nos faltan desde 270 a 1200. Más aún: las ruinas medievales son tan abundantes, especialmente en Transilvania, que una investigación de ellas es tan necesaria como la de los sitios prehistóricos y clásicos. Hay, además, muchos objetos aislados de uso práctico, industriales o de las bellas artes, que pertenecieron a la Edad Media y que sólo pueden ser salvados de la destrucción por medio de excavaciones e investigaciones sistemáticas. La arquitectura, la escultura y la pintura—como acaba de verse por la Iglesia Real de Argesh donde espléndidos frescos bizantinos del siglo XIV acaban de ser descubiertos bajo cuatro superficies subterráneas—sacarán enorme utilidad de una exploración arqueológica de las ruinas de la Rumanía medieval y aun de épocas posteriores.

El estudiante de arte, europeo, se sentirá aun más fascinado por los numerosos problemas del origen y desarrollo de las manifestaciones de la cultura rumana. ¿De dónde vino la civilización noelítica con su alfarería pintada que encontramos entre los Cárpatos y el Dnieper? ¿De dónde viene la civilización de Tracia e Iliria? ¿Cuál el valor de las nuevas teorías de la cultura iliria de las estirpes italo-sabelianas? ¿Dónde se originó el así llamado arte de bronce húngaro —realmente transilvano—? Nadie ha descrito, satisfactoriamente, aún, las migraciones greco-tracias de los tiempos pre y proto-históricos. ¿Quién trazará las re-

laciones entre la civilización neolítica en Rumanía y la Prusia Oriental y Polonia, por una parte, y de los Balkanes, por la otra? Sabemos poco de la civilización griega del Mar Negro; de la civilización traciana aun en los tiempos históricos; de los romanos del Bajo Danubio; del origen del pueblo rumano; del origen y extensión del cristianismo en el Bajo Danubio; de la fuente y temprano desarrollo de la arquitectura, escultura y pintura rumanas; de la influencia bizantina en Rumanía; de las corrientes italiana, serbia, dálmata, y gótica en el arte rumano.

Luego viene un número de problemas estilísticos, la evolución en Rumanía del bizantino, el gótico, el barroco y el renacimiento; la pintura rumana, moldava, valaca y transilvana, las artes ornamentales, escultura en piedra, en madera, terracotas esmaltadas, etc.; las artes industriales (en hierro y otros metales); la arquitectura y decoración de casas particulares; mueblería; en resumen, una infinidad de problemas que conciernen a toda la historia del arte europeo. Tenemos una tremenda necesidad de la inmediata publicación de catálogos, guías, fotografías de los tesoros ya conocidos y almacenados, y de manuales que enseñen al estudiante lo ya asequible como punto de partida para futuras investigaciones.

Es interesante investigar las diferentes secciones de Rumanía porque ellas difieren grandemente en su historia y en su arte. Moldavia con la Bucovina y Besarabia es el terreno clásico para la investigación de lo prehistórico y de la arquitectura eclesiástica y arte rumanos. El problema de la cultura neolítica con su alfarería pintada, es especialmente moldavo. Esta cultura se extiende desde la Rusia meridional hasta el Dnieper y el que la estudie debe estar al tanto de las excavaciones y publicaciones rusas. En el mismo orden, el arte religioso moldavo que alcanzó un nivel decididamente más elevado en general que el valaco, debe ser estudiado en conexión con el arte polaco-magdyar occidental, por una parte, y el ruso-oriental y asiático por la otra, de los que es testimonio la iglesia de los Tres Jerarcas en Jassy. Los monumentos funerarios armenios, son, por supuesto, una manifestación directa del arte oriental, pero ellos ejercieron importante influencia en la ornamentación moldava. En consecuencia: la pintura religiosa moldava muestra características esencialmente diferentes de la bizantina y valaca y merece intenso estudio, distrito por distrito, de manera que podamos seguir en tiempo y en espacio las olas de influencia extranjera que contribuyeron tanto a la creación de vários tipos de arte moldavo.

La Dobrudja, incluyendo los distritos Ismail Akkerman—Cetatia—Alba Besarabia, forman una unidad enteramente distinta del resto de Rumanía, en su riqueza de producción del primitivo arte griego, greco-romano, bizantino y musulmán. Aquí tendrá Rumanía bajo su amplio cielo y en su propio suelo, museos a campo raso de la civilización helénica y de los tiempos clásicos, de las civilizaciones greco y traco-romanas; de la arquitectura profana romana y de las primitivas construcciones religiosas bizantinas; de la escultura y decoración provinciales romana y bizantina, y del arte mahometano. Cuando excavemos Istria hasta sus fundamentos; cuando demolamos las varias ruinas y cabañas construídas en estos tiempos que cubren la antigua Callatis (Mangalia), tendremos a Grecia, a Italia, y al Africa romana a nuestras puertas. Finalmente, los *túmuli*, que datan de todos los períodos, pero especialmente del traco-scytio y traco-romano en la Dobrudja, posiblemente oculten tesoros como los de la Rusia meridional. Tales excavaciones producirán un Museo de Dobrudja en Constanza, institución muy valiosa e interesante.



La gran coraza en forma de halcón. Colección de Pietroasa.



Un vaso octagonal y abajo, una canastilla de 12 lados, ambos de plata. (Colección de Pietroasa)

Arqueológicamente Valaquia está dividida en dos partes claramente demarcadas, que están, sin embargo, más o menos aliadas. El plano de Muntenia, entre el Olt y el Sereth está prácticamente desprovisto de ruinas romanas. Hay que ascender a los valles de Teleajen o de Ialomitza, arriba en las montañas, o bajar a los bancos del Danubio, antes de encontrar trazas de épocas romanas. Del mismo modo, aun en el período histórico rumano, este territorio está en conjunto casi desprovisto de ruinas de civilización más elevada. Por otra parte rivaliza con Rumanía en su riqueza de material prehistórico, y aparentemente también en ruinas de los getas y de los invasores post-romanos. Los cerros y montañas al Este del Olt, la misma Oltenia, la región occidental de Valaquia, el Banat y Transilvania, componen todos una gran unidad cultural, orientada hacia el Oeste y el Sudoeste. El futuro investigador debe deshacer aquí los nudos que en los días prehistóricos, romanos, y rumanos primitivos, conectaron esta región con las tierras a lo largo del Adriático; en los períodos doco-geta y rumanos posteriores al siglo XV, con el Sudeste, ambos helénico y greco-romano; con el egeo meridional; con la cultura greco-eslava, y con el Bizancio greco-turco. Su arte neolítico y su arquitectura eclesiástica romanesca vinieron del Sudoeste y del Sur. Por otra parte, su arte profano, y el aspecto artístico de su vida militar y cortesana, fueron dominadas, como ha sido comprobado de nuevo por los recientes descubrimientos en Argesh, por el Noroeste germánico, ya directamente por medio de las familias reinantes con el Santo Imperio Romano, Hungría, Brandeburgo, Silesia, Polonia, etc., o indirectamente por medio de artistas y arquitectos extranjeros en Transilvania.

El Banat es rico en reliquias de los tiempos pre-históricos, así como de los días daco-romanos y del período de las invasiones bárbaras, pero carece de interés para el estudiante del arte medioeval y del renacimiento. Hasta la fundación del principado de Valaquia, el Banat y Oltenia constituyeron una sola unidad cultural, pero después, siendo el Banat una provincia fronteriza, fué continua-

mente invadida y devastada y sólo ofrece interés especial a los estudiantes de antigüedades militares. Hay, sin embargo, mucho que hacer aquí en el campo del arte industrial, de la arquitectura, de la decoración de casas privadas, y de los estudios etnográficos; la cantidad de material asequible es ilimitado. El Banat está naturalmente dividido en varias provincias artísticas peculiares y cada una debe poseer su museo propio.

El más complicado de todos los territorios rumanos con respecto a sus problemas artísticos y arqueológicos es Transilvania con las partes adyacentes de Hungría. Limitando con Moldavia al Norte y al Este, con Valaquia al Sur y con Hungría al Oeste, y conteniendo elementos germanos venidos desde el Oeste del Rhin, Transilvania constituye un genuino museo arqueológico europeo. Toda clase de civilizaciones e influencias se encuentran y cruzan aquí; comenzando de los tiempos prehistóricos; encontramos magníficos ejemplares (como en Brashov) de vasijas pintadas junto con cerámicas realzadas de Oltenia, el Banat e Iliria. El estudiante de arte confronta aquí un cúmulo de problemas fascinadores: arquitectura militar y privada; gótico eclesiástico que se desarrolló aquí muy temprano, como puede comprobarse por los descubrimientos de Arpad Buday en sus excavaciones descritas en el *Dolgozatok* del Museo Arqueológico de Kluj, (Kolozsvar). publicado antes de la nueva unión de Transilvania a su madre patria; arte industrial magdyar y alemán que alcanzó aquí un elevado y característico desarrollo; arquitectura religiosa romanesca en conexión con la de los principados rumanos allende los Cárpatos. Otros temas que necesitan ser tratados son los de las fortalezas dacias y las fortificaciones daco-romanas; la muralla romana occidental de Dacia en conexión con las grandes murallas de Moldavia y Valaquia; las poblaciones romanas, que compensarían con creces su excavación; las minas y canteras romanas (de oro, sal, mármol, etc.); los caminos dacios y romanos. Transilvania ofrece, además, un campo muy variado e importante para el estudiante de etnografía y de historia religiosa y antigüedades. Mucho se ha hecho ya en la formación de colecciones privadas y pequeños museos locales, pero el campo es inagotable.

Rumanía se presenta como un todo indisoluble cuyas partes sólo pueden ser comprendidas una en relación con la otra. Este hecho debe ser tomado en cuenta por todos los estudiantes de arte y arqueología rumana. Hasta la fecha sólo ha sido penetrado por los filólogos e historiadores rumanos. Los divergentes prejuicios nacionales de la minorías, ya sean alemanas, magdyares o eslavas, deben dejarse a un lado en favor de la crítica científica seria, porque los puntos de vista orientales de los eslavos, así como los occidentales de los germano-magdyares, deben ser modificados y puestos en relación con la ostensible cultura y evolución creadora en territorio daco-romano, que se ha desarrollado continuamente desde los tiempos prehistóricos. Condiciones geográficas especiales han determinado aquí una civilización ecléctica y sintética. Esta civilización se ha manifestado desde la aurora de los tiempos como algo diferente de la de la Europa Oriental, tanto etnográfica, como artísticamente.



Pequeño vaso valaco del siglo XVII y relicario de plata y esmaltes

De *Art and Archaeology*.
Washington, D. C.

(Los grabados que ilustran este artículo se deben a la cortesía de Mr. ARTHUR S. RIGGS).

Un poema de Rudyard Kipling

ANUNCIAN los cables la publicación en todas las lenguas de un poema del poeta británico Rudyard Kipling contra los Estados Unidos. Algunos fragmentos de ese poema han sido publicados y dan la impresión de la totalidad del canto, del feroz espíritu que lo anima. Uno de esos fragmentos comienza con estas palabras: «Llegaron los colosos a la undécima hora, próximas las vendimias a su fin, pero exigieron igual vino». El poema se refiere a la participación activa de los Estados Unidos en la guerra mundial y como se ve, está escrito en una forma simbólica que hace pensar en versos latinos. Los versos siguen por este tono, condenatorios unos, de sangrante queja otros, iracundos varios párrafos líricos. En este poema, el poeta inglés asume su sacra investidura de profeta a la manera de Isaías, y realiza así la plenitud de su personalidad mental.

No deja de ser curioso que el poeta Kipling se haya encargado de esta severa misión de lanzar sobre el pueblo americano el oprobio del mundo. Parecía que este oficio cruel y en cierto aspecto injusto, correspondía tan sólo a los banqueros de Europa, o mejor dicho, a los políticos financistas de Inglaterra y de Francia. Ciertamente, los Estados Unidos llegaron en la undécima hora. Bélgica yacía sangrando sobre el suelo que había servido de asiento a bellas ciudades espirituales; Francia había dado la batalla del Marne; Inglaterra había librado la batalla de Jutlandia. Pero Alemania era todavía poderosa: iba culminando hacia ese extraño poder que da la desesperación. Sí, llegaron las legiones republicanas de América a la undécima hora cuando la civilización latina iba a ser aplastada por los escudos de hierro del imperio. Pero antes de esa hora terrible, ¿qué habían hecho los americanos? se preguntará un poeta de este otro lado del mar. En medio de los peligros permanentes de una guerra submarina implacable, los barcos americanos habían alimentado con armas a los combatientes en medio de la gratitud espectante de éstos.

No deja de ser curioso, también, que un hijo del imperio británico sea el que lance este apóstrofe tremendo contra un pueblo que en su escencia hereda la sangre fría y el orgullo de sus antepasados: «Cuando

les vimos cruzar entre nuestras viñas, inclinados los hombros bajo la pesadumbre de su orgullo». También un poeta de los Allegany podría responder a Kipling que en 1870 Inglaterra no sólo no llegó siquiera a la undécima hora para hacer menos pesada la humillación de Francia, sino que, a pesar de las advertencias de algunos hombres previsores de su raza, prefirió adoptar una indiferente actitud ante la tragedia. Es verdad que ahora puso su hombro al lado de Francia, pero tampoco le faltó genio para advertir que la toma de Amberes le importaba más a Inglaterra que a Francia.

Tal vez una respuesta terrible para los representantes del viejo mundo, interpretativos del odio de los financieros contra los Estados Unidos, habrá de ser la idea que encuentre un día un arpa de bronce para convertirse en un canto: los Estados Unidos somos un pueblo joven: hemos sembrado nuestros campos de algodón y de trigo y como nuestros padres hemos leído el Evangelio a la luz de nuestros hogares.

Somos demasiado jóvenes para dar por nuestra cuenta una lección de orgullo y de egoísmo. De nuestros mayores hemos aprendido a exigir nuestra parte de botín en la guerra.

A la par del panfleto apocalíptico del poeta de la Jungle, los hombres jóvenes de América podrán levantar como un monumento eterno y magnífico de simpatía e inteligencia, la amistad severa de Emerson y de Carlyle, que nunca concibieron la vida ni como guerreros ni como hombres de negocios.

RÓMULO TOVAR

San José,
Costa Rica.

Un chileno que desprestigia a Chile en Costa Rica

Austin, Texas, 12 de octubre de 1926.

Mi querido García Monge:

El artículo mío que usted publicó en su REPERTORIO bajo el título *Tacna-Arica, protestemos contra la barbarie*, ha dado lugar a agrios comentarios en la prensa de América. En su mismo REPERTORIO dos o tres comentaristas me han dicho nada menos que yo no conozco a mi propio país, como si yo les dijera que ellos no conocen a la madre que les dió el sér. José Vanconcelos hace suyas mis opiniones y sólo pone reparo a dos o tres frases, en lo cual le doy la razón. Vasconcelos tuvo ocasión de conocer a mi país y debe de haberse dado cuenta del poderío de la soldadesca chilena. Un país cuyos militares pueden disolver el Congreso y obligar al Presidente a presentar su renuncia está muy lejos de ser una nación culta.

He recibido varias cartas de centros universitarios sudamericanos en la que se aplaude calurosamente mi actitud ante la barbarie chileno-peruana. Por este mismo correo me llega un aplauso cordial de Juan Antonio Rivera en representación de los estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Escritores de la talla de Ugarte, Blanco-Fombona, Edwards Bello, Brenes Mesén, etc., están conmigo en este desgraciado problema. Sin embargo, no creo que haya más de dos chilenos que estén de acuerdo con mis palabras. A ellos les han dicho desde la escuela primaria que el Perú es un país militarista, salvaje, agresivo, y que el deber de todo chileno es odiar a los peruanos. En la escuela nos hacían creer que en la Guerra de Pacífico los chilenos fueron siempre los héroes legendarios que en buques de madera derrotaban a los acorazados peruanos y que nuestros soldados armados de cuchillos, palas y piedras hacían huir a los ejércitos peruanos, armados de rifles y bayonetas. Nos decían que Arturo Pratt (nótese el origen del nombre) era uno de los héroes máximos de América por haber saltado al abordaje de un buque peruano; que O'Higgins (nótese el origen del nombre) era tan grande como San Martín y Bolívar; que el ejército chileno era el mejor de América y que Napoleón dijo en cierta ocasión: «Con mil soldados chilenos me pasearía yo por toda Europa».

En cambio nunca nos hablaron, en el Liceo ni en la Universidad, de Bilbao ni de Lastarria, y de Balmaceda nos hablaron siempre mal; nunca nos hicieron estudiar a nuestros economistas ni a nuestros escritores y creían que unos cuantos soldadotes bastaban para llenar toda la historia de un país. Para la sociedad chilena los poetas, los pintores, los novelistas son unos pobres diablos que se andan muriendo de hambre. Cuando Darío llegó a Chile fué recibido de una manera vergonzosa por el representante del gobierno, porque iba bastante mal vestido (véase *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*). Cuando Gabriela Mistral fué invitada por el gobierno mexicano hubo senador que se opuso a dar a una señora de origen plebeyo (son sus palabras) una misión del honorable gobierno de Chile, como si la tal señora no valiese más que todos ellos juntos. Los más grandes poetas de Chile, C. Pezoa Veliz y Pedro Antonio González murieron desamparados en un hospital; uno de nuestros pintores de más talento, Enrique Moya, se murió de hambre y de frío en España, en tanto que los Consulados y las Legaciones chilenas están llenas de ociosos que creen que un apellido histórico vale más que el talento y la virtud.

Digo que los chilenos se volvieron locos al leer mi artículo. ¿Cómo podía tolerarse que un chileno *hablase mal* de Chile? Decir que Chile es un país militarista, agresivo, que tiene miles, cientos de miles de analfabetas, que tiene esclavos, que la mayor parte de sus políticos son unos hipócritas, que sus periodistas son unos cobardes, sus diplomáticos unos topos, sus maestros una cáfila de rutinarios, todo esto es hablar mal de Chile.

En el diario *El Mercurio* de Santiago de Chile un tal Arriagada comenta mi artículo y pone de relieve en unas cuántas líneas toda la patriotería proverbial de su gente. «Un chileno que desprestigia a Chile en Costa Rica» se titula esta réplica a mis palabras y la menciono únicamente porque es la manera común de pensar de los chilenos ante problemas de carácter continental y no por su autor, que tan chirles artículos bien pudiera firmarlos un Arriagada como un Rojas o un Pérez. Empieza el plumista por decir que yo me eduqué a costa del Gobierno de Chile, es decir que, como asistí al Liceo y a la Universidad sin pagar nada, debo hallar excelente todo lo chileno. Olvida el plumista que todo gobierno desde Pekin hasta Santiago tiene el deber de educar a sus hijos. Yo enseñé en Chile por tres años, a veces sin recibir sueldo, de modo que he recompensado los estupendos sacrificios que el gobierno de Chile hizo por mi. Sin mencionar las crontribuciones que tuve que pagar, desde el bautismo (a los curitas del gobierno) hasta los sellos y timbres a mi salida del país. Se escandaliza el señor Pérez, digo el señor Arriagada, de que yo crea que los hombres de estado de esas dos flamantes democracias no puedan solucionar este problema, que debe someterse a la consideración de los pensadores de América. Para el articulista cualquier campesino imbécil, cualquier salitrero adinerado, cualquier fabricante de alpargatas vale más que su compatriota A. Alvarez, pongo por caso. Agrega el señor A. que «no reproduce mi artículo por no faltar al respeto que debe al público chileno». ¡Qué gente tan sensitiva debe de ser ésta! Si no se les puede decir un par de verdades es mejor dejarlos que sigan confesándose con el padrecito Benavides y que sigan escuchando las bendiciones del Obispo Edwards que declara que «la voluntad de Dios es que Tacna y Arica sigan siendo propiedad del cristiano pueblo chileno».

Para la opinión pública de Chile mi artículo es «ilógico, inesperado, y muy impropio de una pluma chilena». Si no digo a los cuatro vientos que la Canción nacional de Chile es una obra poética, que la bandera es la más hermosa de América y que Chile debe apoderarse de la otra mitad del Perú, estos patriotas me van a quitar mi carta de ciudadanía.

Otro patriota que me ha salido al frente es don Aquiles. Don Aquiles vive en Costa Rica y declara que NUNCA HA USUFRUCTUADO DEL TESORO PÚBLICO DE CHILE (nótese el hecho como algo inusitado), con lo cual, según el *Mercurio* de Chile «demuestra su situación de libre ciudadano». Don Aquiles me llama Judas o pacifista o socialista o egoísta. Todos estos conceptos son sinónimos para el pobre don Aquiles. Estima que si mi indignación fuera cierta «habría dado ese grito de dolor en Chile, lo que desgraciada-

mente no hizo porque la traición y la villanía hacen del hombre un ente cobarde». Don Aquiles es como puede verse un hombre valiente que se atreve a desafiarme, él en Costa Rica y yo en Estados Unidos. Es ademas un hombre prudente. Le habría gustado que yo escribiese en Chile y no en Costa Rica. ¿Qué valor tendría mi palabra entre los chanchulleros de Chile? ¡Habrían dicho los señores políticos: «¡He ahí otro idealista!» Y si la cosa hubiera ido más lejos me habrían asesinado como asesinaron al estudiante y poeta Gómez Rojas en 1920 porque se atrevió a emitir opiniones semejantes a las mías. Pero día llegará, querido don Aquiles, en que yo repita estas palabras en pleno Congreso de Chile. Por ahora es demasiado sacrificio ir a Chile, decir lo que pienso y volverme. Repite en seguida don Aquiles todos los lugares comunes de obligación: honra del continente americano, progreso, cultura, gloriosas y épicas hazañas, democracia, ley de instrucción obligatoria y termina diciendo «el cacareado panamericanismo de Torres Rioseco se condensa en estas dos palabras: Traición y Derrotismo».

En 1920 todos los Aquiles y los Arriagadas de Chile acusaron a los universitarios chilenos de haberse vendido al oro peruano porque trataron de impedir la guerra entre los países, y, como dije más arriba, el más desinteresado, el más idealista de estos jóvenes fué asesinado en una cárcel de Santiago. Sé que la presión es fuerte, se que hombres del temple de Alessandri han tenido que plegarse a las filas de los patrioteros y de los demagogos, se que nuestros mejores escritores, excepto Joaquín Edwards Bello, están temblando de miedo y no dirán una palabra acerca de este problema hispanoamericano. Sé todo esto, pero tengo fe en la juventud de mi patria y confío en que la juventud intelectual del Perú habrá de seguir sacrificándose para conseguir una era de paz americana. El ejemplo de Edwin Elmore será como llama guiadora para los hombres libres de su patria; el ejemplo de Gómez Rojas dará gloriosos resultados en la suya. Mientras haya hombres como Edwards Bello, Blanco-Fombona, Haya de la Torre, Vasconcelos, Ugarte, Falcón y Elmore debemos seguir esperando.

Y termino, mi querido García Monge, pidiendo la opinión de los intelectuales de Chile. Que Gabriela Mistral, Pedro Prado, Armando Donoso, Eduardo Barrios, Edwards Bello y Enrique Molina nos digan lo que sientan y sepan al respecto; así no interpretaremos adversamente este silencio sospechoso en que se encierran. Para aspirar al honor de ser verdaderos americanistas hay que hablar, opinar y discutir: ya que no podemos *crear*.

Ya yo he dicho mi verdad y me han llamado «traidor». Que opinen también los que se crean hombres libres. Sé que Chile tiene otros hombres muy competentes en cuestiones internacionales, pero éstos no nos interesan por estar a sueldo del gobierno.

Vasconcelos no ha sabido interpretar mis palabras. He aquí mi fórmula: «Debe darse a Bolivia salida al mar en el territorio disputado por Chile y Perú». Los países de la América española deben oponerse a que Bolivia ceda parte de este territorio concedido, a los norteamericanos, o que dé a estos últimos facilidades y concesiones que pongan en peligro la integridad territorial de nuestro continente». Si Bolivia ocupa el territorio que une a los dos países rivales, Chile y Perú quedarán separados para siempre y en un futuro no lejano olvidarán su enemistad.

Soy de usted, García Monge, admirador y amigo,

A. Torres Rioseco

———

Octubre 14 de 1926.

Querido García Monge:

Ayer le envié otro artículo sobre la cuestión Chile-Perú. Hoy le mando copia de la carta recibida de Buenos Aires. Sírvase publicarla para demostrar que ya empezamos a formar legión los americanistas.

Sin otro particular soy siempre amigo y admirador.

A. Torres Rioseco

Copia de la carta enviada a A. Torres Rioseco por Juan Antonio Rivera.

Club Universitario
de Buenos Aires
Corrientes, 327.

Buenos. Aires, Setiembre 9, 1926.

Señor don Arturo Torres Rioseco,
Texas, E. E. U. U.

Distinguido señor:

He leído su respuesta al cuestionario que el señor Vincenzi abrió en el Repertorio Americano del ilustre señor García Monge, y me es grato dirigirme a usted para enviarle mi más calurosa felicitación por los conceptos acertados y terminantes que expresa en ella. Interpreto también el sentir de mis compañeros de estudio de la Facultad de Derecho a quienes leí sus palabras.

Creemos que ante los problemas de América se ha colocado usted en la brillante posición a que aludiera Hernández en *Martín Fierro:* «el que en tal huella se planta— debe cantar cuando canta—con toda la voz que tiene»...

Omitiendo todo otro comentario a su artículo, porque sería redundante, le reitera sus congratulaciones su affo.

Juan Antonio Rivera

S/c Salta 672-2.
Buenos Aires.

Bibliografía titular

Los libros recibidos en la semana

De los Autores:

Mario Chaves.—(Arequipa, Perú): *Ccoca.* Buenos Aires. MCMXXVI. (Verso).

José G. Antuña.—(Poste Restante 62. París): *Litterae.* Ensayos. Crítica. Comentarios. Prólogo de Francisco García Calderón. París. 1926.

Julio Díaz Usandivara.—(S/c. Estados Unidos 616. Buenos Aires, República Argentina): *La flor de mi campo.* Primera selección de las mejores composiciones del autor aumentadas con nuevas producciones inéditas. Editorial «Campera» de la revista *Nativa.* Buenos Aires, 1926.

Rogelio Sotela.—(Apartado 588. San José de Costa Rica): *El Libro de la Hermana.* San José, Costa Rica, 1926. (Verso y prosa).

Anselmo Fletes Bolaños.—(Managua, Nicaragua): *Casos de Nicaragua.* La victoria confirma el derecho. Reconocimiento y lamentaciones jurídicas. Nueva confirmación del derecho por otra victoria. Managua, Nicaragua, C. A. 1926.

Dr. Gonzalo E. Arostegui. — (Calle 116. Vedado. Habana. Cuba): *Tratamiento quirúrgico del bocio.* Trabajo presentado en la sesión extraordinaria de la Sociedad de Estudios Clínicos de 18 de agosto de 1926, en el Hospital Municipal. Habana. 1926.

Ernesto Morales.—(Vicente López. F. C. C. A. Buenos Aires, Rep. Argentina): *El sentimiento popular en la Literatura Argentina.* Portada y dibujos de Ret. Sellawa. «El Ateneo». Librería Científica y Literaria. Buenos Aires. 1926.

Emilio Menotti Sposito.—(Caracas, Venezuela): *Cantos Bárbaros.* Imp. Bolivia. Caracas. 1926. (Versos).

Arturo Capdevilla. — (S/c. Charcas 779. Buenos Aires. Rep. Argentina): *América. Nuestras naciones ante Estados Unidos.* El mensaje que dice: Tomad posesión de la vida y otros acentos de dignidad, de coraje, de salud y de fuerza. Para los horizontes de América desde Buenos Aires, ciudad fuerte. M. Gleizer, Editor. Buenos Aires. 1926.

Max Henríquez Ureña.—(Santiago de Cuba, Cuba): *El intercambio de influencias literarias españolas entre España y América durante los últimos cincuenta años. (1875-1925).* «Cuba Contemporánea». Habana. 1926.

Luis Dobles Segreda.—(San José de Costa Rica): *El Libro del Héroe.* Alajuela. 1831. 29 de agosto de 1926. Sauter & C.° San José de Costa Rica, 1926.

Ismael Enrique Arciniegas.—(30. rue Jean Goujon. París): *Traducciones poéticas.* Editorial Excelsior. 27, Quai de la Tournelle. Paris. 1925.

T. Esquivel Obregón. — (Ave. 5 de mayo, 532. México D. F.): *México y los Estados Unidos ante el Derecho Internacional.* México. 1926.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Sobre la cuestión Tacna y Arica

De paso por París, setiembre 1926.

Querido señor García Monge:

En uno de los últimos números de Repertorio aparece una carta del señor Torres Rioseco sobre la cuestión Peruano-Chilena, y como viene a mí con unas especiales llamadas de usted en lápiz azul,—llamadas que me sugieren que no sólo debo leer sino también escribir—, van estas líneas.

El señor Rioseco hace un llamamiento a un grupo de «pensadores» peruanos entre los que no estoy ni puedo estar yo. Habla de los señores Calderón y Rivagüero. Belaunde y Compañía, es decir del estado mayor oficial y pontificio de la clase dominante en el país que representa al partido político llamado *civil*, dividido por ahora en muchas fracciones de las cuales una está en el poder actualmente en mi país, clase y partido autores de la guerra con Chile, agitadores del odio chauvinista y sostenedores de esa propaganda suicida que arrastra al país a los sentimentalismos más primitivos mientras sus grandes problemas vitales y sus grandes males,—causados por esa clase y ese partido—, están palpitando y sangrando y gritando por cauterio que cure. El señor Rioseco demuestra pues que desconoce el Perú y desconoce su historia, cosa por lo demás ni rara ni excecrable en América Latina donde nos pasamos la vida aprendiendo historias extranjeras y colonizando nuestras conciencias mientras la vida Americana va pasando su gesta dolorosa ante la sordera y la ceguera de casi todos.

Pero ya que el lápiz azul de usted me señala un puesto,—una vez más—, en las columnas de Repertorio, yo obediente a usted y a mi causa, escribo aunque no se me llame, y me apresuro a decirle al señor Rioseco que ignora dos fuertes movimientos: uno de la juventud chilena y otro de la juventud peruana contra los chauvinismos, contra los odios estúpidos y las divisiones necias de países latinoamericanos amenazados por el imperialismo yanqui, el único enemigo histórico de nuestros pueblos.

Los señores Rivagüero, Belaunde y Compañía, los «pensadores» del civilismo peruano están de acuerdo con su correligionario señor Leguía en agitar el odio a Chile, en intoxicar la mente nacional peruana con una campaña de chauvinismo y de demagogia patriotica muy aparente para los planes de la clase dominante que desde distintos puntos de vista pero colaborantes al mismo objetivo de sujeción y de poder económico, representan esos señores Rivagüero, Belaunde, Leguía y Compañía, en el Perú. Por consiguiente, si con un misticismo intelectualista que creo sincero se pide opinión a esos «pensadores» del civilismo peruano, sepa el señor Rioseco que contestarán todos a coro, los Rivagüero y los Leguía, los Belaunde y los Miroquezada, los Pardo y los Rada y Gamio, los Prado y los Chocano, que son *patriotas* y que su patriotismo no les permite sino odiar a Chile, y señalar la cuestión de Tacna y Arica como la base del porvenir del Perú, su «alma nacional» y su único fin de la historia.

El señor Rioseco no debe, pues, si quiere conocer la opinión de intelectuales de valer y de fuerza, preguntar a quienes pertenecen a la vieja clase dominante y a la vieja política peruana. Si al señor Rioseco le interesa la opinión joven y fresca de los intelectuales, llame a aquellos que pertenecen al nuevo movimiento peruano, a aquellos que se han adherido a nuestro movimiento social y antiimperialista. Llame a intelectuales, escritores o periodistas militantes bajo las banderas de nuestra causa renovadora en el Perú, a los hombres de pluma libre: pregúntele a José C. Mariátegui, a Luis Valcarcel, a Velazco Aragón, a César Vallejo, a Antenor Orrego, a Miguel Angel Urquieta, a Alcides Spelucín, a César Falcón, a Alberto Ulloa, a Carlos Arbulu Miranda, etc., y quizá tendrá opiniones más interesantes de intelectuales libres. Ahora, si quiere saber opiniones de modestos soldados del antiimperialismo y de la revolución libertadora del Perú le diré en nombre de ellos y de todas las fuerzas obreras y campesinas de mi país que la cuestión de Tacna y Arica es cuestión de clases dominantes, recurso de opresión y de explotación, que así como esas clases arrastraron a nuestros pueblos a una guerra criminal y absurda así esas mismas clases alimentan en nuestros pueblos el odio y la excitación chauvinista, pero que esa política es sólo para beneficio económico de esas clases, para distraer a los pueblos de los verdaderos problemas económicos, para engañarles y robarles mejor.

Nuestra actitud está definida: nosotros acusamos a la clase dominante de Chile y a la de Perú del complicidad con el imperialismo yanqui, de complicidad *contra* los intereses verdaderos de los pueblos chileno y peruano. Leguía y Alessandri, Porras y Edwards, Freyre y Figueroa no son sino agentes de sus clases, cómplices de un crimen que ellos conocen y comprenden. Pero a los «pelucones» de Chile y a los «civilistas» del Perú les conviene agitar a los pueblos peruano y chileno. engañarles y facilitar los avances del imperialismo yanqui que para esas clases es un negocio, el mejor negocio de estos tiempos.

Nuestra actitud está definida: en 1922 fuí a Chile en nombre de la Junta de Trabajadores Manuales e Intelectuales de las Universidades Populares González Prada del Perú y hablé a inmensas muchedumbres de estudiantes y obreros chilenos. Me atacaron los conservadores, pero los estudiantes revolucionarios y los obreros de Chile me abrieron los brazos y me acompañaron a proclamar el ideal de fraternidad por todas partes. Por ese ideal había sido asesinado el estudiante Gómez Rojas en Santiago, víctima del «patriotismo» de la clase dominante de Chile. Por ese ideal el civilismo leguiista del Perú me acusó de «vendido al oro chileno» porque señalé el crimen fraticida del civilismo peruano, al engañar a nuestro pueblo y al envenenarlo con un odio que sólo se lo merecen aquellos que politica y económicamente expolian y subyugan a nuestros cuatro millones de ciudadanos trabajadores y esclavizados para beneficio de la clase de terratenientes y burgueses que domina el Perú.

La juventud estudiantil y obrera del Perú ha trabajado ardorosamente por combatir la política chauvinista del *civilismo* como la juventud obrera y estudiantil de Chile ha trabajado también por detener la propaganda artera del conservadorismo-liberal-radical chileno. Yo continúo en la misma posición desde hace años y sigo trabajando ardorosamente por despertar a nuestros pueblos de su indiferencia y hacerles ver claro el crimen que con ellos se comete envenenándolos de odio chauvinista. El enemigo del Perú y de Chile y toda la América Latina es el imperialismo yanqui, y al imperialismo yanqui le interesa que nos dividamos en «pequeños bocados» que el tragará con mayor facilidad. A esa división ayudan las clases dominantes de nuestros países que son cómplices y socios del imperialismo; por eso se explica que Estados Unidos se retire diplomáticamente derrotado de la cuestión Tacna y Arica, porque le importa poco el fracaso moral y diplomático —que lo ha sido e inmenso para la política yanqui—, desde que queda la cuestión en toda su gravedad, garantizando más que nunca que la unidad de América Latina no será posible por ahora. Y esa unidad es lo único que teme el imperialismo. Por eso Mr. Coolidge, puesto en ridículo como árbitro en la cuestión más importante de la América Latina, acomete el fracaso aparente, contento de saber que el pleito peruano chileno es fuente de riquezas para los conquistadores de Wall Street.

Por eso, las clases dominantes son nuestras enemigas en América Latina. Por eso la guerra contra el imperialismo y la unidad de América la harán los pueblos, los productores, contra los yanquis y contra sus cómplices, conquistando el poder político y sujetándose a una disciplina internacional de un partido que, como la A. P. R. A. (Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina) abarque todas las fuerzas renovadoras de nuestra América y organice el levantamiento redentor, la nueva epopeya de la nueva libertad. Cada gobierno latinoamericano es un virreynato del imperio yanqui; estamos pues en el momento de sacudirnos del más peligroso de todos los coloniajes.

Y nada más por hoy que un saludo para Ud. y para el señor Rioseco por su intermedio, sintiendo haber sido un intruso en esta *enquete* abierta solamente para «pensadores» y altas autoridades de la aristocracia intelectual-civilista del Perú.

Muy afectuosamente,

Haya Delatorre

Sand, J.: El marqués de Villemer 1.50
Los caballeros de Bois-Doré (2 vols.) 3.25
Indiana 1.50
Juan de la Roca 1.25
El doctor Herbeu 1.50
Sandeau, J.: La señorita de la Seigliere 1.25
Scott, W.: Rob Roy (2 vols.) 2.50
El pirata (2 vols.) 3.25
Sibiriak, M.: Los millones 1.25
Sienkiewicz, E.: En vano 1.25
Liliana 0.75
El señor secretario y otras narraciones 0.75
Sologu, Fedor: El trasgo 1.25
Sthendal: Rojo y Negro (2 vols.) 3.25
Stevenson, R. L.: Olalla 0.50
El extraño caso del Doctor Jekill y Mr. Hyde 0.50
Thakeray, W. M.: El viudo Lovel 1.25
Compañeros del hombre 1.25
Catalina 1.25
Tillier, C.: Mi tio Benjamín 1.25
Ugarte, Ml.: Cuentos de la Pampa 1.25
Veles de Guevara, L.: El Diablo Cojuelo 0.50
Verga, G.: El marido de Elena 0.75
La vida en los campos 0.75
Los Malasangre 1.50
Vigny, A. de: Dafnis 0.75
Servidumbre y grandeza militar 1.25
Stello 1.25

Sátira

Quevedo, F. de: Los sueños (3 vols) 1.50
Swift, J.: Viajes de Gulliver 1.50

Viajes

Bergerac, Cyrano de: Historia cómica de los Estados o Imperios del Sol 0.75
Historia cómica o viaje a la Luna 0.75
Brosses, Presidente de: Viaje a Italia (3 vols) 4.00
Gautier, T.: Viaje por España (2 vols) 2.50
Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño 0.50
Heine, E.: Cuadros de viaje (7 vols) 4.00
Maistre, J. de: Viaje alrededor de mi cuarto 0.50
Expedición nocturna alrededor de mi cuarto 0.50
Sterne: Viaje sentimental 0.75
Taine, H.: Notas sobre Inglaterra 2.00
Notas sobre París 1.50
Villalón, C. de: Viaje a Turquía (2 vols) 2.50

Biografías

Alfieri, V.: Su vida, escrita por él mismo (2 vols.) 2.50
Azeglio, M. de: Mis recuerdos (3 vols) 3.50
Chateaubriand: Vida de Rancé 1.25
Eckermann, J. P.: Conversaciones con Goethe (3 vols) 4.75
Goethe: Memorias de mi vida (3 vols) 4.00
Pellico, Silvio: Mis prisiones 1.25
Plutarco: Vidas paralelas (10 vols.) 11.50
Quintana, M. J.: Vidas de españoles célebres (5 vols.) 5.25
Rochefoucauld, La: Memorias 1.25
Rousseau: Las confesiones (2 vols.) 3.25
Sarmiento, D. F.: Facundo 1.50
Stael, Mme. de: Diez años de destierro 1.25
Stuart Mill, J.: Autobiografía 1.25
Torres de Villarroel: Vida (2 vols.) 1.50
Voltaire: Memorias 0.50

Historia

César: Comentarios a la Guerra de las Galias 1.25
Condorcet: Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano (2 vols.) 2.00
Dozy, R.: Historia de los musulmanes de España (4 vols.) 6.00
Montesquieu: Grandeza y decadencia de los romanos 1.25
Tácito: La Germania 0.50
Thierry: Relatos de los tiempos merovingios (2 vols.) 1.50
Voltaire: Historia del Imperio de Rusia bajo Pedro el Grande (2 vols.) 1.50

Señale los títulos que le gusten y pídalos al Administrador del "Repertorio Americano".

Con el pedido, el importe, bajo cubierta certificada o por giro postal. A vuelta de correo le mandaremos lo que nos indique.

El año literario en Costa Rica

(En el Repertorio Americano).

Cantos de Amor y Poemas del Hogar, por José María Alfaro Cooper. - Imprenta Universal. - San José, Costa Rica. 1926.

Este último libro del poeta Alfaro Cooper es una preciosa arquita de sándalo. Dentro de su pequeñez perfumada, como ruiseñor encantado, canta el alma del poeta-abuelo!

¡Pero, si los años han pasado, el alma no ha envejecido! Y de este sentimiento vigorizante de juventud, le viene la virtud musical que hay en sus ritmos, la agraciada y juguetona estrofa, la frescura infantil de los *Poemas del Hogar*.

Vida amable y sencilla la del poeta, en la paz de nuestra casa grande, esta Costa Rica, de labradores de buena voluntad, bajo estos cielos puros que no han manchado las humaredas de la guerra, su alma, sinceramente cristiana, ha florecido en rosas de luz para el Divino Maestro galileo.

Su cristianismo, puro de dudas, lo llevó por el camino de la belleza a encontrar el sentido franciscano de sus *Cantos de Amor.* Poema en cuatro partes que se va elevando en un magnífico crescendo hasta el transporte místico!

«Aquel estado en que el alma desbordada sobre la creación ama al amor en su misma esencia, raíz de todas las cosas».

Los *Poemas del Hogar.*

La primera composición *Ante mi Retrato*, ¡eso es poesía! ¡eso es emoción noble! ¡eso es galanura de lenguaje! Otras composiciones características de esta sección: *De mi Hogar, Amores.* La preciosa *Tentación; Papá*, de sabor tico, adornada con la palabra *corrongo*.

Entre las traducciones está una del ruso Nekrassof, *Lágrimas de Madre*, vertida con una pulcritud propia de la pluma de Valencia. Es de los poemas que se guardan en la memoria para aromar con *perfume de belleza* las horas de soledad.

A mi Esposa, poema breve en que se aquilatan dos virtudes de este poeta: la ternura y la gracia. Excelencias ambas de aquel gigante cubano, Martí, de quien me he acordado leyendo los *Poemas del Hogar*.

Las dos últimas composiciones, son una queja patética; un ¡ay! del árbol herido hasta el corazón. *Dolor Supremo* trae las lágrimas a los ojos. Es un poema de una realidad fría como una noche de infinita desolación!

Pocos libros de versos se editan en Costa Rica que, como éste del poeta-abuelo, sean una vena de agua cristalina y murmuradora, en cuya linfa brillan aquí y allá estrellas, puras como lágrimas!

Carlos Luis Saenz.

Octubre 1926.

Polifemo

(*Viene de la página 278*)

Cíclope.—(*Apareciendo inesperadamente*) Galatea, Galatea, dulce amor mío!

Galatea.—Vivo! ¿Estás vivo? (*Caen uno en brazos del otro, después ella le grita a Ulises:* Mentiroso! (*A Polifemo*) Amor! Soy yo, soy tu esposa! Hazme tuya!

Cíclope.—(*Después de una larga pausa*). Dime, Ulises, ¿cuál mágico poder tienen las canciones tuyas? Te felicito! Me siento perplejo! ¿Has ganado o has perdido? Ganaste, porque la canción tuya la conmovió tanto que la hizo venir hasta aquí. Perdiste, porque, al final de cuentas... no quiso nada con el poeta; hizo, sí, una formal declaración a Polifemo, a éste viejo horrible! En realidad, no sé qué decidir! Pero soy Cíclope de conciencia. Déjame reflexionar un instante. Sí, he hallado la solución! La mitad tuya me servirá de alimento, la otra mitad la enviaré a divertirse, enmedio del mar, con las ninfas y con los tiburones.

Ulises.—No sé realmente que decirte! Con las mujeres, bienaventurado el que logra comprenderlas! No quiero recurrir al uso de sofismas: vencido me declaro! Pero te juro que menos me molesta el concluír mis días sirviéndote de alimento que el haber vencido y perdido, en el breve espacio de una hora a la bella, Galatea!

Galatea.—Cíclope, cuanto eres valiente, muéstrate ahora generoso! Perdona! Y que Ulises y todos sus compañeros vuelvan a la patria lejana!

Cíclope.—Si así lo deseas, así será! Pero piensa, por un momento, cuál magnífico banquete hubiéramos tenido! qué espléndido festín de bodas! Al imaginarlo llora mi corazón! Jóvenes, adelante! Galatea la reina, os hace gracia de la vida! Besadle la mano respetuosos y, enseguida alejaos. Esta noche es noche sagrada! A Himeneo la hemos dedicado! Necesidad no tenemos de testimonios!

Ulises.—Adiós, Cíclope. Una sentencia antigua nos dice que Plutón no es tan feo como los pintores lo dibujan! Hoy el proverbio sirve refiriéndolo a ti. Dios te recompense tu generosidad! A Galatea, a Galatea, mientras viva, llevaré siempre en el alma! Una mujer fué causa de nuestra perdición: la Elena argiva; una mujer nos salva: la deliciosa Galatea étnea. (*A sus compañeros*), Y vosotros, compañeros, levantad vuestras voces. Presentadle vuestros agradecimientos. Y que ella escuche el augurio nuestro por las felices nupcias de la Diosa misericordiosa!

Todos.—Galatea!... Galatea!... Galatea!...

Héctor Romagnoli.

(*Traducción de* José Fabio Garnier).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica